

R. MONNER SANS

TEATRO INFANTIL



CABAUTY & C^{IA}

EDITORES

PC 4
AUT y Cía



Editores



00021210

Patria en la Escuela

VICTORINA MALHARRO

DRAMATIZACIONES PATRIÓTICO-ESCOLARES PARA NIÑOS

Cartulina, cubierta en colores.

... en la forma menos árida posible, a fin de
... a niñez, *La Patria en la Escuela* presenta
... recitaciones en prosa y verso, algunos monólogos y
dramitas patrióticos, formando un libro que no debía faltar en el
pupitre de ningún maestro, como un auxiliar para completar esta
parte de la educación de la niñez.

Azules y Blancas

Un tomo rústica.

La extraordinaria y creciente aceptación que de parte de los señores profesores va mereciendo el cultivo del diálogo, que tanto facilita la soltura de los niños y el desenvolvimiento de sus facultades de expresión, nos indujeron a publicar esta lindísima colección de doce comedias patrióticas para niños y niñas, que por su índole predisponen el corazón infantil al gran amor que han de profesar posteriormente a la patria y cuanto con ella se relaciona.

Corazón Herido

Por JUAN J. FRUGONI

Un folleto, tapa cartulina ilustrada.

Lindísimo momento escénico, estrenado por el Teatro Infantil Municipal "Labardén" en la Plaza del Congreso de Buenos Aires el 8 de julio de 1919.

Album de Poesías Patrióticas

COMPILADAS ENTRE LOS MEJORES ESCRITORES

Por JUAN B. IGÓN

Un tomo encartonado.

Alsina y Bolívar  BUENOS AIRES

TEATRO INFANTIL

2. 85

1885

Duplicado del N.º 28.000

TEATRO INFANTIL

232-

Monólogos, Diálogos y Comedias

por

R. MONNER SANS

De las RR. Academias de Buenas Letras de Sevilla y Barcelona
y de la de Artes Nobles de Aragón.

Catedrático de Idioma y de Literatura en el Colegio Nacional de la Capital.

TERCERA EDICIÓN

Sección Infantil



BUENOS AIRES

CABAUT y Cía, Editores

“Librería del Colegio”. Alsina y Bolívar.

1925





DERECHOS RESERVADOS
(Leyes 7092 y 9510.)

PRÓLOGO

Recibido el encargo de componer este librito, y una vez aceptado, varias dudas asaltaron nuestro espíritu, hasta lograr que en ocasiones flaquease; y sólo la confianza que tuvimos en la benevolencia del público, nunca negada a quien le sirve, si no con talento al menos con buen deseo, nos permitieron esbozar primero el plan de la obrita, y luego trabajarla con empeñoso cariño.

No es fácil empresa huir de la trivialidad sin caer en la hinchazón, o apartarse de lo elevado sin dar de bruces en lo vulgar. En la generalidad de los trabajos similares a estos que nos han sido dados consultar, hemos hallado meritísimas composiciones de sana moral y honradas tendencias, pero con un defecto capital, a nuestro entender, el de hacer razonar a niños y a niñas de 8 a 14 años, como si fuesen hombres o mujeres en la plenitud de la vida; en casi todos, ni el lenguaje ni los anhelos de los personajes están en armonía con su corta edad y aun reducidos horizontes. En otros, los menos, sus autores confundieron la sencillez propia de la infancia con manifiestas vulgaridades, logrando con ello, si distraer momentáneamente a los actores, fastidiar a los obligados a escuchar tales insulseces.

Por esto hemos puesto especial empeño, y la razonada

crítica dirá si nos hemos acercado en lo posible a la realidad, en que niños y niñas se muevan en el lógico ambiente marcado por sus años, y que hablen el lenguaje que les es propio, huyendo por igual del elevado concepto filosófico, de la rebuscada frase como del lenguaje huero de ideas y de estilo callejero.

También hemos tratado de evitar manifiestas incorrecciones frecuentes en no pocos libros de lectura, pretendiendo escribir y ¡ojalá hayamos acertado! obrecilla recreativa al par que educativa; y de buena fe rogamos, sin falsa modestia que haga molesto el ruego, a cuantos profesores hojeen este librito o hagan declamar las composiciones que contiene, nos dirijan las observaciones que su lectura o representación les sugieran, bien ciertos de que con ello nos prestarán un señalado servicio.

La infancia tiene el don de alegrarlo y embellecerlo todo; por esto, al poner esta obra en sus manos, casi confiamos en que brotando de labios infantiles parecerá bello lo que naciera feo y deforme en las soledades de nuestro gabinete de estudio.

BREVES OBSERVACIONES

Sobre la Lectura y la Declamación.

Aunque esta obrecilla va destinada a niños y a niñas que, por consiguiente, tendrán profesores competentes que les enseñarán a leer bien y a declamar con gusto y sentimiento, no sólo las composiciones contenidas en este tomito, sino las que a sus manos lleguen dignas de ser leídas en alta voz o declamadas, no creemos huelguen algunas observaciones pertinentes a ambas artes generales, que artes diversas son la lectura en público y la declamación.

Comenzaremos, pues, por las reglas generales para leer bien, rogando se fijen en ellas nuestros amiguitos y amiguitas à fin de evitar, tanto el fastidio que en el oyente causa una lectura monótona, cuanto la cantilena rítmica, especie de martilleo, de pésimo efecto artístico.

Donde más se nota este sonsonete es en la lectura de versos, por creer, no pocos, que la poesía estriba en la medida; para éstos, la lectura de los versos demanda una pausa al final de cada línea, sin comprender, que

si hay en la composición verdadera poesía, ésta, por lo tenue y sutil, no suele apoyarse ni en la asonancia ni en la consonancia, sino que flota entre las palabras que forman los versos, casi diremos, entre líneas; y si no la hay, lo que por desgracia acontece con frecuencia, será en vano apelar, para crearla, a hacer resaltar la terminación rítmica.

Empresa difícil es dar, en forma concisa, reglas exactas para leer con perfección.

Con decir sencillamente que ha de procurarse leer con naturalidad, pronunciando claramente las palabras y dando expresión y colorido a lo que se lee, aunque éstas sean las condiciones esenciales de una buena lectura, no se enseña nada.

Conviene, pues, ampliar estas indicaciones, con reglas y preceptos cuya observancia es necesaria para trócarse en buen lector.

No basta, en efecto, pronunciar con voz clara y armoniosa, dando a las palabras la entonación e inflexiones que requieran, según expresen ideas de dolor o de alegría, de dulzura o de cólera. Hay que tener presente, al mismo tiempo, la posición que el cuerpo debe guardar y la manera de moverse y accionar, que es lo que constituye el gesto.

Estando de pie, el cuerpo debe caer a plomo sobre las piernas, adelantando un poco la derecha, cuando el auditorio se halla de este lado o al frente, y la izquierda al dirigirse a los que a la izquierda se hallen.

Cuando se lee sentado, el cuerpo debe caer a plomo

sobre la silla, adelantando un poco el pie derecho, y volviendo ligeramente hacia atrás el izquierdo, posición ésta que resulta elegante y natural.

El libro debe sostenerse con la mano izquierda, a distancia conveniente, para que la vista distinga con facilidad las palabras, un poco inclinado hacia atrás y más bajo que la boca para que no oculte el rostro del lector ni impida el paso del sonido.

A fin de no detenerse mucho al finalizar cada página, se toma la hoja con alguna anticipación con la mano derecha para darla vuelta.

Los movimientos de la cabeza y la expresión de la fisonomía son elementos importantes en la lectura, pero donde se manifiesta más claramente el alma es en los ojos.

Los movimientos de la mano derecha, que queda libre, deben ser moderados. No se debe levantar ni bajar demasiado, ni cerrarla, ni apretar los dedos, ni abrirlos mucho. Los movimientos bruscos y los de arriba abajo, producen mal efecto.

No se puede determinar la duración de las pausas que deben hacerse en la lectura; y si bien la coma, el punto y coma, y los dos puntos las indican más o menos largas, ellas dependen, en general, del buen gusto del lector.

Fuera de las pausas señaladas por los signos de puntuación mencionados, es necesario hacer otras para tomar aliento, evitando siempre suspender o cortar el sentido de la frase.

En la manera de interpretar los signos de puntuación y admiración caben matices muy variados que sólo de viva voz pueden indicarse.

El guión advierte que se ha de hacer sentir al auditorio, variando la modulación de la voz, el cambio de interlocutor.

Los distintos géneros de composiciones literarias, así en prosa como en verso, requieren tono y acento diferentes, y sólo mediante continuados ejercicios se llega a dar a la voz la entonación apropiada al asunto de la composición que se lee.

*
* *

Declamar, es expresar bellamente la palabra por medio del tono de la voz, poniendo a contribución los tres lenguajes : el mímico, el expresivo y el articulado.

Bastará que nos fijemos un poco para notar que, sin darnos cuenta, todos empleamos de continuo estos tres lenguajes. Nadie habla con los brazos caídos, el cuerpo rígido, sin movimiento los músculos de la cara, ni sin que los ojos transparenten el estado de nuestra alma. En la conversación más vulgar, en el relato del hecho más trivial o prosaico, nuestras palabras van acompañadas de gestos, de movimientos y de inflexiones de voz, que logran dar vida y colorido a cuanto comunicamos a nuestros semejantes. En moverse con arte estudiado, según sea la situación que se interprete, en sentir lo que se dice, y en hacerlo sentir a los demás, dando a la

ficción las apariencias de la realidad, consiste la declamación.

Debe el actor, como el lector, pronunciar con claridad, huyendo del atropellamiento; uno y otro deben recordar que en la vida real nadie habla precipitadamente, como mecánico juguete al que se hubiese dado cuerda; que se habla para que nos comprendan los que nos escuchan; que si forzamos la voz corremos el peligro de enronquecer; que si pronunciamos con rapidez, al hacerse con dificultad la aspiración y la respiración, aparecerá la fatiga pulmonar que da nacimiento al enojoso *jipio*, del que, por desgracia, no logran curarse los cómicos *de la legua*.

Consiste la declamación en la representación del drama hablado, y es, por consiguiente, algo más que la lectura, ya que se vale no sólo de la recitación prosódica y de los movimientos, sino de los medios de más positiva influencia y más humanos. La queja, el grito, el sollozo, el llanto; los arrebatos de la cólera y la violencia de las pasiones; las carcajadas deladoras de honda alegría, y hasta los estertores de la muerte, todo se pone al servicio de este arte que, por este solo hecho, se convierte en fecundo manantial de emociones profundas.

« La declamación teatral — dice un autor moderno — es la que, por medio de la voz, del gesto y de la acción, expresa los afectos del personaje que el actor representa. » Y en esto estriba la dificultad, un tanto fácil de vencer, si cada uno de nuestros amiguitos se posesiona bien de su papel; si cada uno de ellos llega a figurarse

que lo que dice no es aprendido, sino lo que en realidad él siente. Si logra tal convencimiento, hablará con calma en las situaciones plácidas, con más vehemencia en las agitadas y con exaltación en las violentas, todo ello sin que nadie deba enseñárselo, porque brotará espontáneo como fruto de su estado anímico.

En las páginas que siguen hay pasajes, tranquilos los más, risueños algunos, y otros, pocos, en los que aparecen chispazos de pasiones en ebullición, buscado todo adrede, teniendo en consideración la edad de los improvisados intérpretes de las composiciones. Si a estas observaciones, que no son muchas para no fatigarles, añaden la debida atención a las que de viva voz les hagan los encargados de los ensayos, no dudamos que la feliz declamación de lo contenido en este libro, logrará darle el mérito de que carece.

LA MEDIA AL REVÉS

MONÓLOGO

PARA NIÑO O NIÑA DE 10 A 14 AÑOS

LA MEDIA AL REVÉS

(Al levantarse el telón el protagonista estará sentado.)

Hoy estoy triste, muy triste. *(Ligera pausa.)* Casi tengo ganas de llorar. Y no me faltan motivos, no, pues todo me salió mal. *(Pausa.)*

¿Me habré puesto una media al revés? *(Las mira y nota que está al revés la del pie izquierdo.)* ¡Claro! Si no podía fallar. ¡Yo que me reía cuando mamá me preguntaba si me había puesto las medias al revés! No; lo que es ahora está bien probado.

¿Por qué me la pondría al revés? *(Como pensando.)* ¡Ah! ¡Ya caigo! Porque al sacármelas tengo la maldita costumbre de tirarla, así, *(Hace el movimiento de tomar la media por arriba.)* y sacarla, y... ¡es natural! al ponérmela, pues.... *(Pausa.)*

Federico me decía hoy que tengo *jeta*; no, lo que no sé es vestirme. De fijo que a los que se visten bien todo les sale a las mil maravillas.

Pero *(Se levanta.)* ¡qué día de perros hoy!

Cuando me despertaron tenía un sueño atroz; abrí los ojos.... me acurruqué de nuevo para



remolonear cinco minutos y, ¡zás! me quedé dormido como un tronco. Al recordarme de nuevo, faltaban veinte minutos para las nueve, hora en que debía estar en el Colegio. Me vestí volando, tomé el desayuno... (1) digo no, no lo tomé, porque se me volcó la taza del café con leche...; ¡y éste fué mi primer disgusto! Mamá se enojó, y aun cuando tía vino, como siempre, en mi socorro, me dieron un café más amargo que el que se había derramado.

Comiéndome unos bizcochos por la calle, llegué al Colegio, y lo mismo fué entrar en clase que el maestro decirme con voz cavernosa : (*Ahueca la voz.*) « ¡Son éstas las horas de llegar? Son las nueve y cuarto. »

Iba a explicar el motivo de la tardanza, cuando un (*Con voz grave.*) « Cállese Vd. » me cortó el chorro. « Se quedará media hora en penitencia », agregó el maestro.

« Pero, señor », dije yo. — « Una hora por rezongar » ... — agregó él — ¡Habrás visto injusticia mayor! ¡Y todo por la maldita media!

Como el profesor me tenía ganas, me llamó al pizarrón para que, con el mapa a la vista, explicara el itinerario del ejército libertador. Yo, que estaba *abatado*, porque adivinaba que el día me sería funesto, llevé a San Martín al Rosario, de allí al Paraguay, y no sé si al Brasil, y me embarullé de tal modo que ni sabía qué hacer del ejército libertador, ni yo donde

(1) Los puntos suspensivos indicarán siempre ligera pausa.

meterme. ¡Qué angustia la mía! Y lo que más me enojaba era la risita de conejo de algunos de mis compañeros. ¡Qué malos amigos! Cuando yo sé algo se lo soplo a los demás, pero a mí... nadie me sopló.

Compadecido el maestro me hizo sentar sin decirme una palabra. Su silencio me abochornó más que si me hubiera reñido.

(Durante todo el monólogo, el declamador debe moverse con gracia, yendo de un lado a otro del escenario, pero sin precipitación, con naturalidad.)

Á la hora del almuerzo, nueva desgracia. Al darme el sirviente mi plato de sopa, no sé cómo lo tomé, pero lo que sí me consta es que en vez de venir a parar a mi estómago fué a caer enterito sobre el saco de mi compañero de la izquierda.

Excuso contar el barullo que se armó. Torpe, atolondrado, qué sé yo cuantas cosas me dijeron, y como castigo me dejaron sin postres... ¡Sin arroz con leche que a mí me gusta tanto!

Á la hora del recreo no quería jugar; estaba avergonzado. Pero tanto me instó Enrique, que acepté un desafío a la pelota. Zis, zas, *(Hace los movimientos del juego.)* quite, saca, paf... y en una de éstas pego un empellón a un chiquitín, que al caerse lanza un berrido estridente. Me siento en seguida agarrado del brazo, y un « ¡Qué tiene Vd. hoy? » *(Con voz ronca.)*, pronunciado con fuerza, me avisa que estoy en presencia del Director... del Director ¡ay! con quien no cabe reir ni jugar.

Ya me tienen Vds. en un rincón del patio con la cabeza gacha y la rabia dentro del cuerpo. Sí señor, rabia, porque ¿qué culpa tenía yo de que aquel pebete se dejase atropellar?

Pasaba la tarde relativamente bien, cuando al profesor de geografía, que se paseaba por la clase, se le caen los anteojos. Verlo yo, y correr para levantarlos fué lo mismo, pero en mi precipitación, al apresurarme, pongo uno de mis pies encima y rompo un cristal. ¿Cabe desgracia mayor? « Vd. dispense, yo le diré a papá que se los haga componer », dije en seguida más encarnado que la grana, en tanto que el maestro, entornando los ojos, mitad porque no veía, mitad por enojado, separándose dijo: « Vaya Vd. noramala; es Vd. muy torpe. »

A la hora de salida, triste por tantas desgracias, había atado ya mis libros para retirarme cuando el maestro de historia, encarándose conmigo, me dijo: *(Con voz bronca)* « ¿Conque quería Vd. escaparse sin cumplir la penitencia? Vaya a la sala de estudio y cumpla con su deber. »

Se me ocurrió replicar, pero recordando lo de la mañana, me dí vuelta rápidamente para irme a la clase; pero como detrás mío estaba el profesor de aritmética, le pisé sin querer, con todas mis fuerzas; y al oirme llamar: « ¡Valiente bruto! », por huir de allí, doy con mi cuerpo en una de las puertas del patio que se cierra con violencia, y al golpazo se rompe un cristal.

¡La que entonces se armó, Dios bendito!

El Director vino, y a pesar de que eran ya las

cinco de la tarde me sirvió un café cargadito de mostaza. « Que Vd. no hace nada a derechas (*Ahuecando la voz.*) Que voy a llamar a su papá y a su mamá. Que es Vd. un torpe, un mal educado. » Yo, callado como un muerto, conviniendo en mis adentros que este día era el más terrible de mi vida.

Por fin salgo del Colegio a las seis y media de la tarde y volando voy a casa... Papá me esperaba en el vestíbulo con las manos atrás. Es su postura cuando se enoja. Al verle comencé a temblar, y más aun cuando oí que me hablaba de Vd..... Siempre que hay tormenta me trata con mucha finura.

« ¿Son éstas las horas de venir? ¿Conque en penitencia? (*Remeda la voz del padre.*) Vd. no enmendará nunca. Vergüenza debiera darle que a su edad tuvieran que ponerle en penitencia. ¿Qué ha hecho Vd.? Explíquese. »

A todo esto mamá había venido donde estábamos, pero no tía que se ocupaba en atender a mi hermanita que se había tragado un botón... pero ¡no hay que asustarse! era un botón chiquitito.

Conté algo de lo ocurrido, no todo. ¡Era tanto! y cuando creía que la tormenta se había disipado, mi padre encarándose con mamá le ha dicho : « Llévase Vd. a ese caballerito a su cuarto; no merece comer hoy en la mesa. »

Y aquí me tienen Vds., sin haberme desayunado, mal comido y sin haber cenado, y todo esto por esta pícara media. (*Señalándola.*) Me dan

ganas de ir al comedor y enseñar allí al causante de mis desventuras... Pero... ¡y si en vez de café papá me sirve un par de *bifes*!

Lo mejor es callar, aguantarse, y desde mañana tratar de ponerse bien las medias, al derecho, lo que encargo a Vds. por si quieren evitarse disgustos.

He dicho.

TELÓN.



CUCHA



MONÓLOGO PARA NIÑA

CUCHA

(Al levantarse el telón alguien cerrará con violencia la puerta del foro, quedando CUCHA en el escenario.)

No; (*Con rabia.*) no quiero, no quiero y no quiero. (*Adelantándose.*) ¡Qué me importa! No faltaba más.

¿Hasta cuándo ha de durar llamarme *Cucha*?

¿Acaso no tengo nombre?

¡Que me encierran? Bueno; ¡y qué! Ya me abrirán.

Lo malo es que estábamos comiendo, y yo con un hambre feroz, cuando a mi hermano se le ocurre llamarme *Cucha*. ¿Qué gracioso! ¿Verdad?

(*Modificando el tono.*) A bien que Vds. no saben la historia. Voy a contársela.

Me llamo Adela; digo no, me llaman, porque lo que es yo no me llamo nunca. Pues bien, para todos no soy Adela, soy *Cucha*..... No sé por qué, ni quien fué el primero que así me llamó.

Cuando era chiquitita, bueno; pero ahora que ya soy grande no quiero que me sigan llamando *Cucha*. Vamos (*Golpeando con el p'e.*) que no lo quiero.

Hace pocos días, y mientras comíamos, pues he notado que los asuntos graves se ventilan comiendo, dije que el apodo, sobrenombre o lo que sea, no me gustaba. Mamá, que es una señora muy seria y muy formal, prometió que desde aquel día, para ella no sería *Cucha*, sino Adela, y si bien alguna vez se distrae, en seguida se corrige ella misma, con lo que prueba su buena voluntad. Papá (*Muy grave.*) que es aun más serio, pues tiene unos bigotes así (*Señala a ambos lados de la boca.*) de a palmo, ofreció también complacerme. Sólo el zonzo de Paco se rió de mí, y dijo que él continuaría llamándome *Cucha*.

Ante tal salida de tono, le repliqué que si me llamaba así no le contestaría... ¡Y así ha continuado llamándome!

Mi hermano, para que Vds. se enteren, es muy terco, pero yo lo soy más. ¿Cómo no! He dicho que no le contestaré, y no quiero contestarle.

Si dejo así las cosas, iré creciendo, y seguiré siendo para todos la niña *Cucha*, como Amelia, la hija de D. Ruperto, a quien llaman la gorda y se escurre por el cuello de la bata. (*Al decir esto alarga el pescuezo.*) Y todo porque de niña a su familia o a su niñera se les antojó bautizarla con tan antipático sobrenombre. No; si es lo que yo digo; con eso de los nombres no hay que jugar.



(*Risueña.*) ¿Conocen Vds., ¡vaya si la conocerán! a Sofia Pantelo? ¿Que no? ¡Claro! Como que ninguna de sus amigas la llama Sofia, sino *Miquis*. ¿Han oído Vds. nombre más ridículo?

Papá decía el otro día... (*Hace como que piensa.*) ¿de quién?... no me acuerdo, que a pesar de ser un personaje, sólo se le conoce por un apodo risible. Cosa fea. ¿Verdad?

Esta noche habíamos comenzado bien la comida; mis papás estaban contentos y yo les refería lo que había ocurrido hoy en la clase de geometría; un verdadero *batuque*. El profesor no sabe castellano, y porque a la tangente la llamó *tanguente*, hubo una carcajada general, y el consiguiente castigo de toda la clase. De repente, y no para preguntarme algo que le interesara saber, mi hermano me dirige la palabra : (*Con voz ridícula.*) « Escucha *Cucha*. » — ¡Insolente! Hice como si no le oyera, pero él insistió, y otro « Escucha *Cuchá* » hirió mis oídos. Permanecí serio; le miré así, con desprecio, y seguí comiendo el asado. — « ¿No oyes que tu hermano te habla? » dijo papá. — « Sí le oigo, papá, repliqué yo, pero no quiero contestarle, mientras no me llame por mi nombre. »

Desde este momento ya no me acuerdo bien lo que sucedió; porque el mocoso de mi hermanito me insultó, llamándome pava, orgullosa, palillo de dientes ¡yo palillo de dientes! cascarrias, y qué sé yo cuantas cosas más. ¡Ah! (*Entusiasmándose.*) pero lo que es yo no me he

quedado corta; le he llamado antipático, feo, horrible, cara de torta, y como me iba a tirar la servilleta, yo tomé mi servilletero y zás (*Hace el ademán.*)... pero en vez de darle a él, dí en una copa y la rompí.



Mamá se ha enojado mucho, diciendo que una niña debe de tener paciencia y ser humilde; y para enseñarme a ser buena, ya lo han visto Vds., me acaba de encerrar.

Pero ¿por qué me ha de llamar *Cucha*, si yo no lo quiero? ¡Ay Paco, Paco! (*Con rabia.*) Si lo tuviese aquí lo estrujaba así, como este pañuelo.

(*Estruja el que tiene en la mano.*)

Me sentaré. (*Se sienta.*)

¿He hecho bien o mal? Debía enojarme ¿sí o no?

Casi pasaría por que fuese *Cucha* para papá y mamá, pero para nadie más. Cuando Paco me dice « Escucha *Cucha* » me pongo frenética; vamos, que no lo puedo remediar.

Tal vez fui demasiado *súpita*.

Lo que más siento es que no terminé el asado que estaba riquísimo, ni pude comer queso de Tafi, y ¡tanto como me gusta! ¡Y todo por la maldita palabreja!

Cuando me levanten la encerrona, pediré perdón a papá y a mamá por la rotura de la copa y por haberles hecho enojar. (*Con humildad.*) ¡Ah! esto sí. Pero cuando Paco me venga (*Con altanería.*) a pedir caramelos o centavos para comprar cigarrillos (*Con gracia.*) ¡un *pebete* que ya

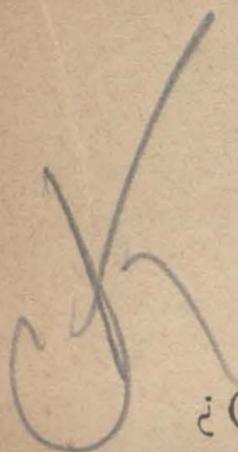
fuma! lo mandaré a paseo. Ya le enseñaré yo cómo debe conducirse con las niñas.

Adelina... Adelita... pase; *Cucha*, nunca; los nombres ridículos y estrafalarios no pueden, como los diminutivos, indicar cariño. Para Paco, para mis amigas, para los sirvientes, ni soy *Cucha*, ni quiero serlo; deben llamarme Adela. ¡Ah! y Vds. también, porque de lo contrario se exponen, no a que les tire un servilletero, pero sí a que no les conteste.

Conque enterados, y ahora si se les ocurre aplaudir sepan que aplauden a Adela, no a *Cucha*.

TELÓN.





¿QUÉ DEBO SER?

MONÓLOGO PARA NIÑO

¿QUÉ DEBO SER?

(De pie.)

¿Qué debo ser?

Esto me pregunto yo mismo hace ya años, sí, años, no se rían Vds., porque a lo menos hace dos o tres.

Cuando era chico, me gustaba el oficio de vigilante, quizás porque les tenía miedo. ¡Llevar machete, y revólver y el pito! ¡Qué hombres — me decía yo — que no tienen miedo a nada ni a nadie!

Después me dió por admirar a los *motormans* de tranvías. Verlos de pie (*Hace los ademanes.*) en la plataforma delantera; dar fuerza con una mano, moderar o parar con la otra, golpear con el pie para que suene la campana anunciadora. ¡Esto sí que me entusiasmaba! Pero después supe que no todo son flores en el oficio; que los suspenden con frecuencia; que a lo mejor, o peor, los llevan a la comisaría, y que algunos, ¡qué horror! hasta van a la cárcel.

Desistí entonces de mi idea, y ahora « ando como bola sin manija » ... ¡No sé qué carrera

escoger! Y ya es hora de que comience a pensar seriamente, como dice papá, en mi porvenir.

¿Seré médico? No es mal oficio; se gana mucha plata con poco trabajo. Cuando viene el doctor a verme, por el trabajo de mirarme la lengua y hacer unos garabatos en un papel, se ha ganado cinco pesos. ¡Cinco pesos en cinco minutos! Sí; médico me parece bien. Ya está decidido; médico como Luis. Verdad que mi primo reniega de la carrera, y eso que está tan sólo en segundo año, pues dice que tiene el estómago revuelto y que no puede comer. Que en la sala



de... de... ¿cómo dice? de operaciones, huele muy mal y se ven muchas porquerías. ¡Luego tanta sangre! No, que no me vengan a mí con sangre. Si el otro día estuve a punto de desmayarme porque mi hermanita se clavó una aguja en el dedo del corazón. Y esto será nada comparado con los chorros de sangre que se deben ver en un hospital. ¡Qué asco y qué lástima! No, nada de esto; quiero una carrera más limpia.

¿Y si fuese militar, como tío Manuel? ¡Qué gusto llegar a general y que los diarios hablen de uno! Y luego ir vestido de uniforme y hacer sonar las espuelas (*Camina golpeando fuerte con los tacones.*) al caminar, y arrastrar el sable. Los días de parada montar a caballo y mandar a los

soldados, a todos... *(Con voces de mando.)* : « Bata-llón, camine ligero... mar. Alto... a la izquierda. » ¡Linda carrera! y poco estudio. Ciertamente que tío Manuel, que estuvo con Roca en la conquista del Desierto, y no sé si en la guerra del Paraguay, no ha pasado de mayor; a bien que no asciende porque dice que el ministro le tiene envidia. Ya lo creo; como tío Manuel quisiera, de ministro de la guerra lo habían Vds. de ver.

Guerra... Esto es lo único que no me hace gracia. Dicen que cuando va de veras, mueren muchos hombres, y más oficiales que soldados, porque los oficiales han de dar a la tropa el ejemplo de valor. ¿Y quién me asegura a mí que antes de que llegue a general no nos tencemos con el Brasil, o con Chile, o con Inglaterra, o con Alemania? No; no hay que reirse; lo que conviene es ser previsor y, francamente, maldita la gracia que me haría sacrificarme años y años para que de repente zas, me mandaran al otro mundo. ¡Qué rabia! Si no era general, por no haber llegado a serlo, y si lo era, por dejar de serlo.

No; a mí me conviene una carrera segura; algo que no dependa de los otros sino de mí.

Vamos a ver. *(Como pensando.)* A mí me gusta viajar; aunque joven, he viajado ya mucho: he ido al Tigre, al Pergamino, dos veces al Uruguay, al Monte. ¡Qué hermoso ir en buque! El capitán es el dueño del barco; que aquí quiero detenerme, me detengo; que el país no me gusta, me voy. Hace su santísima voluntad.

Nada, ya está resuelto; marino, pero no de guerra, particular. Ir y venir de Europa : unas veces a Inglaterra, otras a París, otras a España, otras a Italia. ¡Qué gusto! Ver países nuevos, nuevas costumbres; y luego al volver contarlo todo a los pobres que no se han movido de aquí.

Pero alto, alto, alto. Ahora me acuerdo de los temporales : los he visto pintados y he sentido un miedo feroz. Papá tiene un cuadro grande (Señala.), que es una tempestad y da horror. ¡Cuidado si ha de ser terrible! Porque de aquí a Europa me han contado, según se pasan, según se arma una tempestad, porque de muchos días se arma una tempestad, y al fondo me gusta esto. ¡Qué fastidio! De cuando uno va a Europa me han contado sin ver tierra. Si suprimieran las maneras que menos mal, pero mien más tranquilo, pero mien la prudencia aconseja tempestad, porque no ser marino.



Pero entonces ¿qué debo ser? (Como perplejo.)

¿Procurador? ¿Procurar para los demás? No; quiero procurar para mí.

¿Dentista? No me gusta.

¿Boticario? Oficio sucio.

¿Maestro? Nunca; eso de luchar con chicos, jamás.

¿Ingeniero? No me parece que tenga ingenio.

Pero, ¡Dios mío! ¿qué debo ser? Yo quisiera un oficio con el que ganara mucha plata sin gran trabajo : una carrera en la que nadie me mandara. Ayúdenme Vds. a pensar ahora que no está papá : ¿Qué debo ser?

TELÓN.



¡CUÁNDO YO SEA MUJER!

MONÓLOGO PARA NIÑA

¡CUÁNDO YO SEA MUJER!

(Todo el monólogo debe declamarse de pie.)

¡ Cuando yo sea mujer!

(Dirigiéndose al público) Si me prometen guardar el secreto les contaré lo que me propongo hacer cuando deje de ser niña. Pero ¡por Dios! que no se enteren mis papás.

Desde luego, deseo ser mujer para poder hablar de todo (*Apoyando.*) y oír hablar de todo. Sí señor, de todo. Porque yo soy curiosa, lo confieso, y a lo mejor, cuando los mayores hablan, y tengo más deseos de enterarme de un asunto, viene mi señora mamá y (*Ahuercando la voz.*) « Niña, vaya Vd. a jugar ». ¡Ay! ¡Cuándo me arrastrará el vestido!

Me rodearé de un círculo de amiguitas, y un día vendrán a mi casa, otro día iré yo a la suya, y entonces charla que te charla, nos pasaremos las horas muertas, sin que nadie interrumpa nuestras (*Marcando.*) interesantes conversaciones.

Soy partidaria de la libertad, como Vds. lo oyen. Al lema : « el hombre es libre » debe agre-



garse « y la mujer también ». ¡No faltaba más! Esos señores barbudos lo quieren todo para ellos; nosotras, las mujeres, en casa. No, no y no. Cuando yo sea mujer abogaré por la emancipación de la clase. Basta de tiranías.

No me avengo a quedarme recluída entre cuatro paredes; no : a mí me gustaría el club, la política. ¡Cuidado si sería lindo un congreso de señoras!

Esto que decía el otro día el antipático de don Prudencio que nuestro cerebro pesa menos que el de los hombres, me parece una insigne tontería. Y después ¿se trata de cantidad o de calidad? Porque si al peso nos atenemos, el elefante es más inteligente que el hombre porque su cerebro es mayor. Digo, me parece a mí.

Cuando yo sea mujer, si me caso, lo que no es probable (*Con seriedad.*) dadas mis ideas emancipadoras, procuraré que mi marido cuide del hogar. Por supuesto, que si elijo marido será bueno como el pan y dócil como un corderito, y con esto ya tengo la mitad del camino andado.

Ya que hemos hablado de casarse; pero (*En tono suplicante.*) por Dios y los santos que mamá no lo sepa; algunas veces me he planteado yo misma el problema. ¿Me casaré o no me casaré? A mí me gustaría ser mamá, pero como siempre veo a papá y a mamá juntos, deduzco que no puedo llegar a ser mamá sin otro que a mi lado quiera ser papá.

Pero... ¿ven Vds. cómo soy? Por un lado aspiro a ser mamá, porque este cargo da cierto

respeto, y por otro me parece que los hombres son unos tiranos, y que el que conmigo se aviniese a servir de papá sería tan tirano como muchos. Por supuesto, que esto de la tiranía me lo contaron, y... lo creo.

¡Ay! Ya tengo resuelto el problema. Me caso con una mujer y así tendremos las mismas ideas, los mismos gustos y ¡claro! nunca habrá peloterías en casa.

Cierto que yo no recuerdo ningún papá con polleras; pero ¡qué importa! Aquella con quien yo me case que se ponga pantalones y..... todo arreglado.

Una duda. Si una mujer a club y la polídan los paseos ¿quién cuida Este, éste sí problema más solver que to trae la aritmé



mi marido es quienguste el tica, y le agrará de la casa? que es un difícil de redos los que tica.

En fin, cuando veremos.

cuáles son mis porvenir! Iré a

todos los bautizos, a todos los bailes, y a todas las reuniones, porque, y sépanlo de una vez, soy muy sociable. A mí me gusta la animación, el ruido, la música; mi carácter no se aviene con la soñolienta vida casera.

sea hora lo resol-

¡Si supieran Vds.

proyectos para el todas las bodas, a

Pero..... una duda. ¿Debe una señora ser

movediza, y convertida en trompo ir de reunión en reunión, y de baile en baile? Otro problema a resolver. Porque yo veo que las señoras más respetadas y más respetables son aquellas que salen poco de su casa, y convierten su hogar en templo. Esta frase no es mía, la leí, y me gustó. ¿Cuántos hay que al hablar no hacen más que repetir frases ajenas y pasan luego por personas de talento! Son fonógrafos humanos.



He estudiado mucho *(Con énfasis.)* y aun estudio, pero, se lo declaro, he aprendido poco, y digo esto, porque hay cosas que no me explico. Por ejemplo: ¿Por qué algunas personas graves descomponen la palabra cumplimento en dos vocablos diciendo «cumpla» y «miento»? Cuando yo doy palabra de amiga no miento nunca y ¿será verdad que mienten algunas personas mayores?

Pero noto *(Poniéndose seria.)* que mi charla incoherente, como mía, les cansa, y como no deseo fastidiarles termino.

Cuando yo sea mujer, procuraré ser seria, sin pedantería, formal sin ser empalagosa; y si me caso, trataré de que mi marido encuentre en mí una compañera amable y cariñosa.

Desearía, y casi lo suplico, que al retirarse me diesen palabra solemne de no revelar mis

ideas a mis papás. Cuando no otra cosa, me tacharían de habladora. ¿Lo prometen?

Sé que defraudé esperanzas; pero, ¡qué quieren! He hablado como lo que soy, una niña. Soy alegre, movediza, aturdida ¡qué le vamos a hacer! y con estas cualidades, o vicios, como quieran, mi discurso había de salir cual salió.

En fin, suene un aplauso, y no hagan gran caso de lo que me propongo hacer cuando yo sea mujer; porque si los hombres, y los hombres serios, suelen cambiar de opinión cada día, ¡qué no haremos las niñas!

TELÓN.



LA PATRIA

DIÁLOGO PARA NIÑO Y NIÑA

LAS TRAVESURAS DE INÉS



COMEDIA PARA NIÑAS

PERSONAJES.

MAMA.

CLARA.

INÉS.

PROFESORA.

SIRVEINTA.

CARLOS — ¡Pobre chico!

ENRIQUE — ¿Sabes leer?

PASCUAL — A gatás.

CARLOS — ¿Te gusta el chocolate crudo?

PASCUAL — Ya lo creo. Una vez me comprè un pedazo y ¡qué rico!

CARLOS — *(Se lo saca del bolsillo.)* Toma éste.

PASCUAL — *(Lo toma.)* Gracias... Nación... P. B. T. Bueno, ya que éste se lleva *Caras y Caretas*, toma, te regalo el P. B. T.

CARLOS — No tengo los veinte centavos.

PASCUAL — *(Con orgullo.)* Te lo regalo. Así como así, los sábados se gana mucho. *(Carlos lo toma.)*

CARLOS — Gracias.

PASCUAL — ¡Valiente!

ENRIQUE — ¿Te gustaría ir a la escuela?

PASCUAL — ¿Y qué hacés allí?

ENRIQUE — ¿Qué hacemos? Leer, contar, jugar.

PASCUAL — ¿A la morra?

CARLOS — No; al rescate, a la pelota, al foot-ball.

PASCUAL — A mí el foot-ball me gusta mucho. ¡Doy cada shoot!



ENRIQUE — ¿Por qué no vienes a la escuela con nosotros?

PASCUAL — Porque si voy a la escuela, no como. Vosotros tenéis padres que trabajan para daros de comer, para vestiros, para dormir; pero yo, si no vendiera diarios, « picaría tanto el bagre » que me mataría. (*Gritando.*) *Nación..... Prensa a cinco.*



ENRIQUE — (*A Carlos.*) ¿Sabes qué pensaba?

CARLOS — ¿Qué?

ENRIQUE — (*Mientras éstos hablan Pascual se aleja como mirando si viene gente.*) Que le podríamos hablar al Sr. Montini.

CARLOS — ¿Y...?

ENRIQUE — Para que lo admitiera en la escuela.

CARLOS — Eso es tonto. Después que esté allí ¿qué? ¿De qué come?

ENRIQUE — Zonzo. No gana ahora un peso diario cuando más; pues se le da el peso...

CARLOS — ¿Quién?

ENRIQUE — El maestro.

CARLOS — Tú sí que eres dos veces zonzo. ¡El maestro darle un peso diario! Quita allá, y no digas pavadas.

ENRIQUE — Se lo damos nosotros.

CARLOS — Bien dicho. (*Entre serio y burlón.*) Muy bien dicho; y nosotros ¿de dónde lo sacamos? ¿de debajo la tierra?

ENRIQUE — No hay necesidad de cavar tan hondo. Nos reunimos diez, y a diez centavos cada uno ya está.

PASCUAL — (*Cerca, gritando.*) P. B. T., Prensa...

CARLOS — Oye. ¿Cómote llamas?

PASCUAL — Pascual.

CARLOS — ¿Pascual qué?

PASCUAL — Pascual... nada más.

CARLOS — Quiero decir tu apellido.

PASCUAL — ¡Ah! Sí. A mí me llaman el «Ñato».



CARLOS — No es esto; esto es un apodo. Verás, oye. Yo me llamo Carlos Fernández; éste, Enrique Cortés. Tú debes llamarte Pascual... tal cosa.

PASCUAL — Yo soy Pascual el «Ñato», para distinguirme del otro Pascual a quien llamamos «Gambeta».

CARLOS — En fin, bueno.

ENRIQUE — Si a ti te dieran un peso diario para comer y dormir ¿vendrías al Colegio con nosotros? ¿Dejarías de vender diarios?

PASCUAL — En seguida.

CARLOS — ¿De dónde eres?

ENRIQUE — (*Creyendo que no comprende.*) Quiere decir si eres argentino.

PASCUAL — Claro que sí.

CARLOS — ¿Dónde naciste?

PASCUAL — Yo qué sé.

ENRIQUE — ¿Quién manda en ti?

PASCUAL — El capataz.

ENRIQUE — ¿Cómo el capataz?

PASCUAL — Sí, él; él es quien me dice: ahí van veinte *Naciones*, veinte *Prensas*. Mañana a tal hora para el *P. B. T.* Pasado mañana sale una revista nueva..., y así siempre.

(*Gritando.*) ¡*Nación! Prensa!*

CARLOS — Escucha. Ahora nosotros vamos a hablar con el



señor Montini, y si él te admite venimos a buscarte.

PASCUAL — *(Haciendo signos negativos con la cabeza.)* Que nones.

CARLOS — ¿Por qué?

PASCUAL — Porque en la escuela no vendería diarios, y no vendiéndolos, no comería.

ENRIQUE — ¿Quieres ser amigo nuestro?

PASCUAL — Yo sí.

CARLOS — Pues déjanos hacer. No te alejes mucho de aquí, y espera un momento. Hasta luego. *(Se van por la derecha.)*

PASCUAL — Adiós... *(Gritando.)* Nación... P. B. T.

ESCENA II.

PASCUAL, solo.

Ya me gustaría ir a la escuela. Pero estar todo el día encerrado ¡qué feo!...

Nación... Prensa a cinco centavos... Dicen que juegan al football.

¡Ah! A esto sí que les ganaba a todos. ¡Doy cada patada!...

Prensa... Caras y Caretas... Hoy no se vende nada... ¡Si yo supiera más que « Gambeta », y el « Tuerto », y el « Patilargo », y el « Rubio »!

Entonces sí que sabría lo que vendo... Ahora no. Ahora me dicen que grite : « Está tremendo » y lo grito sin saber por qué... Na-



ción a cinco... (*Pensativo.*) ¿Habré tenido padres?
 ¡Bah! (*Se encoge de hombros.*) ¡qué me importa si no
 los conozco! ¡Qué lindo tener padre y madre!

Ahora lo mismo me da verde que azul, una cosa que otra. Cuando los grandullones me golpean el mate, no tengo a quien contárselo, y muchas veces me como el pan mojado en lágrimas y pienso... Pero ¡qué estúpido soy! Ahora tengo chocolate, (*Lo saca del bolsillo.*) me compro un pedazo de pan, y... ni Anchorena... Nación...

Calla... Allí baja gente del tranvía, Prensa... (*Echa a correr.*)
 Prensa a...



ESCENA III.

ENRIQUE — CARLOS — PROFESOR — PASCUAL.

PROF. — (*Entrando por la derecha con Enrique y Carlos.*)

¿Dónde está?

CARLOS — (*Mirando por todos lados.*) Se habrá marchado.

PROF. — Y decís que es un muchacho...

ENRIQUE — Que tiene cara de bueno.

CARLOS — Con unos ojos así. (*Señalando con la mano.*)

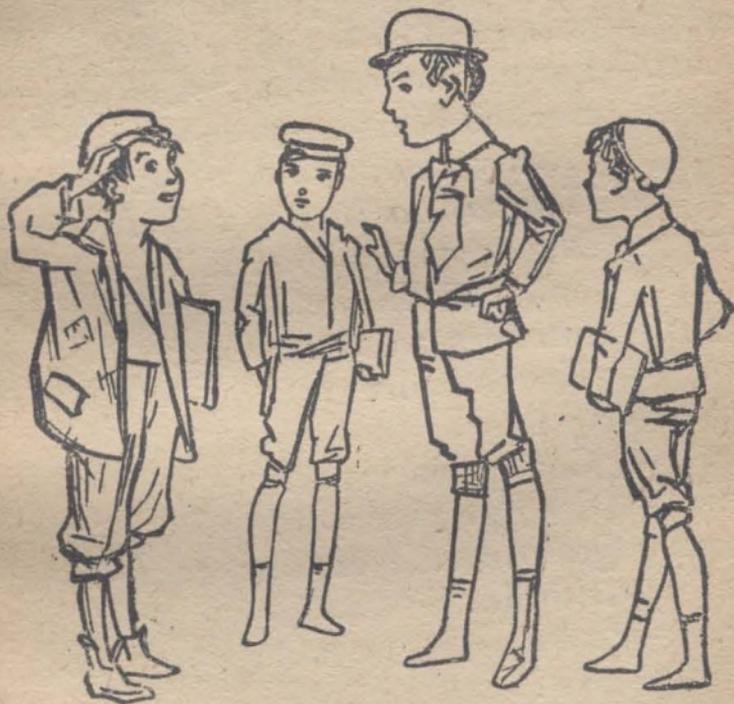
ENRIQUE — Mirale. (*Mirando a la izquierda.*) Por allí va.

CARLOS — (*Gritando.*) ¡Pascual!

ENRIQUE — (*Gritando.*) ¡Pascual!

PASCUAL — (*Entra de un brinco, se cuadra y hace la venia.*)

A la orden.



PROF. — (*Mirándole.*) ¿Éste es el niño de que me hablaban Vds.?

CARLOS — Sí, señor.

PROF. — (*Dirigiéndose a Pascual.*) Tienes cara de inteligente. ¿Quisieras venir a la escuela?

PASCUAL — Si pudiese.

PROF. — (*Con cariño.*) Podrás si tú quieres. Estos niños me han hablado de ti...

PASCUAL — Y en la escuela ¿qué haré?

ENRIQUE — ¿Qué harás?

PROF. — Aprender lo que yo te enseñe : estudiar para que mañana seas hombre de provecho. Irás a clase de ocho a once y de dos a cinco.

PASCUAL — Señor, esto no puede ser.

PROF. — *(Siempre con cariño.)* ¿Por qué?

PASCUAL — Porque de ocho a nueve se venden muchos diarios; y después a las dos y dos y media ya comienza a salir *El Tiempo, La Razón y El Nacional.*

PROF. — Es que viniendo a la escuela ya no venderías diarios.

PASCUAL — Entonces ¿de qué se come?

PROF. — ¿Tienes padres?

PASCUAL — No lo sé.

PROF. — ¿Con quién vives?

CARLOS — Dice que vive solo.

ENRIQUE — Que duerme en una casa del Paseo de Julio.

PROF. — *(A Pascual.)* ¿De suerte que no tienes casa?

PASCUAL — No, señor.

PROF. — Pues bien; estos niños me han contado que unos días con otros vienes a ganar un peso diario.

PASCUAL — A veces más, y a veces menos. Hay sábados que me saco mis dos pesitos.

PROF. — Pero en cambio...

PASCUAL — Los lunes son generalmente flojos.

PROF. — Ellos querían pagarte el peso diario a

fin de que pudieses mantenerte y asistir a clase.

PASCUAL — ¿Aprenderé mucho?

PROF. — Esto dependerá de ti. Si atiendes bien, si te aplicas...

ENRIQUE — Es muy fácil lo que nos enseñan.

CARLOS — Yo ya sé la historia.

PASCUAL — ¿De quién?

CARLOS — La historia argentina. ¡Si vieras qué cosas cuenta!

PROF. — Bueno; no perdamos tiempo pues van a dar las ocho. Vente a la escuela, y en vez de pagar Vds. (*Dirigiéndose a Carlos y Enrique.*) los diez centavos diarios para formar el peso, vamos a hacer otra cosa.

CARLOS — ¿Qué?

PROF. — Emplearlo en la escuela.

ENRIQUE — (*Aplaudiendo.*) ¡Bravo!

PROF. — ¿Te llamas Pascual, eh?

PASCUAL — Sí, señor.

PROF. — Pues oye, Pascual. Desde ahora dejas de ser vendedor de diarios para convertirte en un empleado de la escuela.

CARLOS — *Macanudo.*

PROF. — (*A Carlos :*) Esta palabra, un niño decente, como tú, no la debe decir nunca. Es ordinaria. (*A Pascual :*) Limpiarás los vidrios y los tinteros; ayudarás al sirviente en los demás quehaceres, y a las horas de clase, a clase. Comerás y dormirás allí, y los domingos saldrás a

pasear conmigo. (*Pascual se mira el traje.*)
No, con esta ropa no, ya buscaremos otra. ¿Te gusta mi proposición?

PASCUAL — Mucho, señor.

PROF. — Yo reemplazaré a tu padre y estos amigos tuyos vendrán a ser tus hermanos. Vamos.

PASCUAL — (*Grave.*) Ahora no.

PROF. — (*Sorprendido.*) ¡Cómo no!

PASCUAL — No; tengo que devolver estos diarios al capataz : creería si no me viese más que he sido ladrón.

PROF. — Tienes razón. Esto te honra. Vé, devuelve los periódicos, y en la escuela te espero, ya sabes. Allí cultivaremos tu inteligencia para que llegues a ser buen ciudadano.

PASCUAL — ¡Oh! Gracias, señor.

PROF. — No, mi hijo, a mí no; a éstos, a tus amiguitos que tanto se interesaron por ti.

CARLOS — ¿Me querrás mucho?

PASCUAL — Yo sí.

PROF. — (*A Pascual.*) Ves como Dios no nos olvida nunca. Él se ha servido de Carlos y de Enrique para cambiar en un momento tu suerte. Tú eres bueno, y el Cielo no ha querido dejarte sin recompensa. Abrácense Vds. como hermanos.

ENRIQUE — Con mucho gusto.

CARLOS — Mañana te daré otra vez mi chocolate.

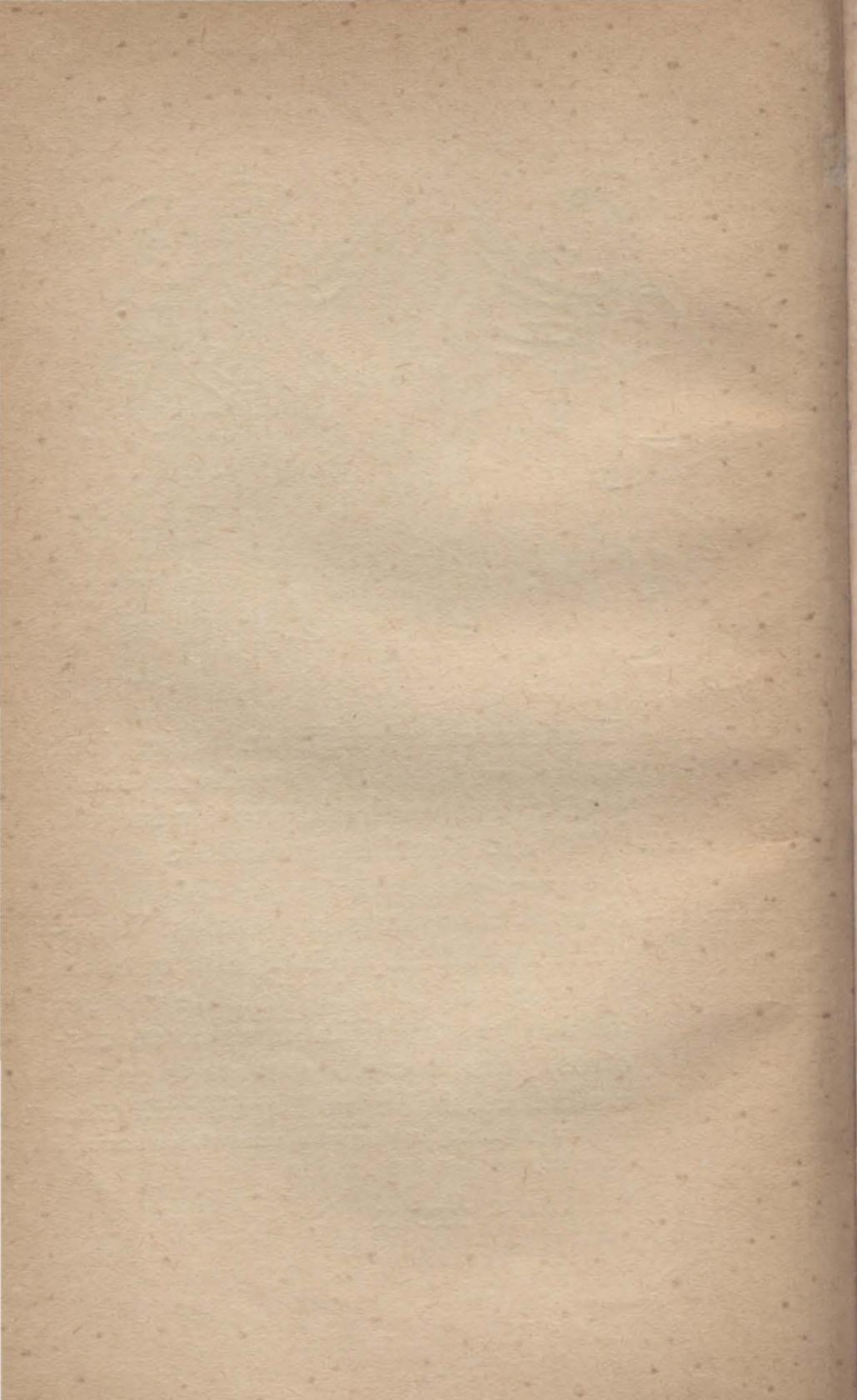


PROF. — Y ahora cada cual a su obligación;
(A los niños:) Vds. a la escuela *(A Pascual:)*
 y tú a devolver los diarios, y luego...

PASCUAL — Allá iré. Gracias, gracias a todos.
(Abraza a Carlos y a Enrique y se va.)

PROF. — Gracias a nosotros, no, a Dios. Vámonos. Espléndida mañana ésta que nos ha proporcionado la dicha de recoger del arroyo a un niño bueno como vosotros, para trocarlo con amor en un ciudadano útil a la República. *(Estas últimas palabras las dice caminando todos hacia la derecha.)*

TELÓN.



ELECCIÓN DE CARRERA

COMEDIA EN UN ACTO

PARA NIÑOS

PERSONAJES.

JOSÉ MARÍA — CARLOS — VIRGILIO.

ELECCIÓN DE CARRERA

(La escena representa una salita decentemente amueblada. Al levantarse el telón, JOSÉ MARÍA ha de estar sentado delante de una mesa en la que habrá varios libros.)

ESCENA I.

JOSÉ MARÍA y luego CARLOS.

JOSÉ M. — Dijo Carlos que vendría,
y su tardanza me extraña;
cuando estoy en su compañía
encuentro más breve el día.
Es un amigo leal
a quien con el alma quiero.....
(Pausa.) Voy a leer..... No, prefiero
ir a esperarle al portal.
¡Me parece que han llamado!
¿Será él? Ojalá fuera,
que esperar me desespera
y todo me causa enfado.

(Se oyen gritos adentro.)

¿Mas qué es esto? Escucho gritos,
no de pesar, de alegría.....

CARLOS — (Entrando.) Aquí estoy, José María.

JOSÉ M. — Dame un abrazo, Carlitos.

(Se abrazan.)

CARLOS — ¿No más uno? Toma cien.

JOSÉ M. — Aprieta con fuerza, amigo.

CARLOS — Vamos a ver si consigo

(Abrázale con fuerza.)

probar que te quiero, y bien.

JOSÉ M. — *(Pugnando por desasirse de él.)*

No aprietes tanto, por Dios,
que me estrujas la camisa.



CARLOS — *(Soltándole.)*

Me estoy muriendo de risa
al ver lo flojo que *sos*.

JOSÉ M. — Que eres, ya sabes que aquí
se habla bien el castellano.

CARLOS — (*Ceremonioso.*)

Perdonáme, caro hermano,
si al resbalarme caí.

JOSÉ M. — ¿Y otra vez vuelves a hablar
como un compadre?

CARLOS — ¡Perdón!

JOSÉ M. — Te mando mi absolución,
y ahora, Carlos, a jugar.

CARLOS — (*Displicente.*)

¿Sabes que no tengo ganas?

JOSÉ M. — ¿Por qué?

CARLOS — Me siento cansado.

JOSÉ M. — ¿De qué? ¿De haber estudiado
esa punta de *macanas*?

CARLOS — (*Como sorprendido.*)

¡Amigo! ¡Y tú hablas así!
¡Tú que estudias con tesón
y te aprendes la lección
sin falta alguna?

JOSÉ M. — Yo, sí,
porque ahora jugar quiero,
y en cualquier libro me atasco.
El estudio, hoy, me da asco;
en vacaciones... ni cero.

CARLOS — Dime ¿qué quieres tu ser?

JOSÉ M. — Yo, ingeniero. ¿Y tú?

CARLOS — Abogado.

JOSÉ M. — ¿Te parece?

CARLOS — Lo he pensado
y abogado debo ser.
Pero di ¿vino Virgilio?

JOSÉ M. — Aun no, mas tardar no debe.

CARLOS — ¿Y qué es Virgilio? Es un *pebe* tan pequeño como Atilio?

JOSÉ M. — Es un mozo muy formal que con su padre trabaja, que golpea, corta y raja con salero sin igual.

Mas volviendo a nuestro asunto ¿por qué serás abogado?

CARLOS — El por qué así lo he pensado te diré punto por punto.

JOSÉ M. — Mas oigo a Virgilio entrar, suspende un poco el relato.

ESCENA II.

DICHOS y VIRGILIO.

VIRGILIO — (*Entrando.*) ¿Me he retardado?

JOSÉ M. — Sí, un rato.

VIRGILIO — He debido terminar un trabajo...

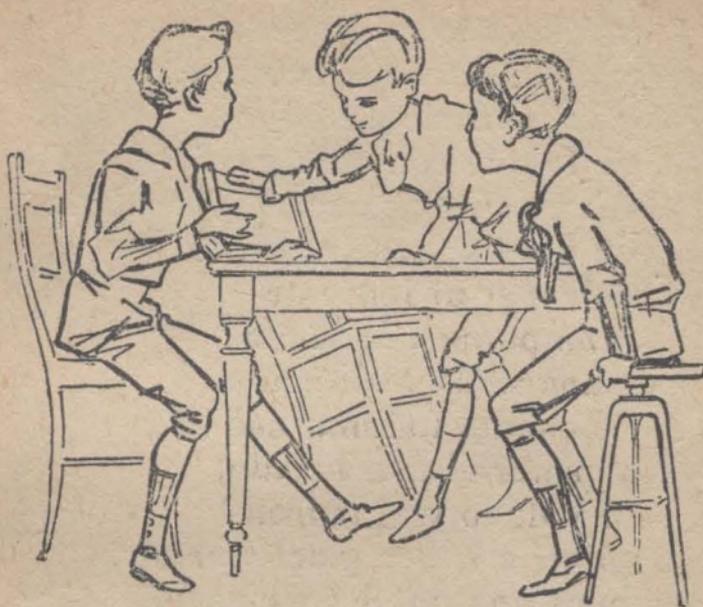
CARLOS — ¿Era pesado?

VIRGILIO — No mucho; pido perdón por la falta de atención.

JOSÉ M. — Los dos te hemos perdonado, y ahora, Carlos, a contar por qué abogado has de ser.

CARLOS — Serás de mi parecer

(*Se sientan los tres alrededor de la mesa.*)
cuando termine de hablar.



José M. — Te oigo

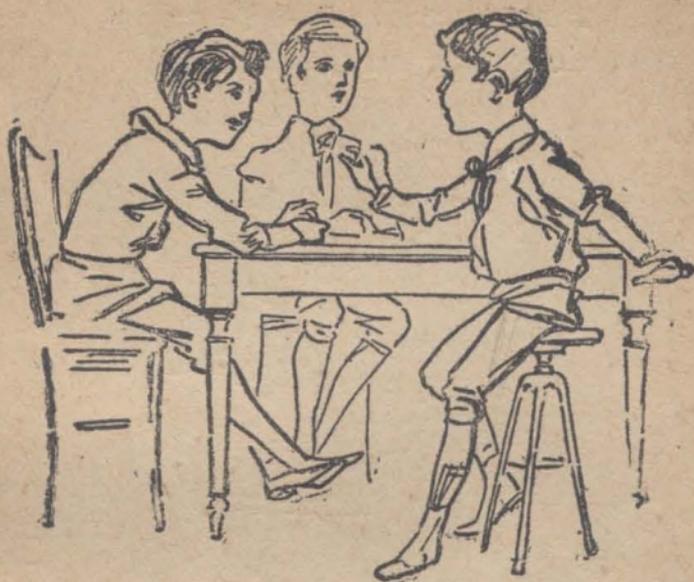
VIRGILIO — Y yo.

CARLOS —

La abogacía
 es la más noble carrera
 que el hombre inventar pudiera
 sobre esta tierra bravía.
 Desde la más vieja edad
 hubo en el linaje humano
 quien al obrar fué un villano
 y quien, tipo de maldad;
 quien al prójimo arruinó,
 quien causó males sin fin,
 quien fué ladrón, quien rüin,
 y quien honras mancilló.
 Quien en pos del vil metal,
 que tanto mal acarrea,
 ya en la ciudad, ya en la aldea

se convirtió en criminal;
 y a la inocencia vendió,
 y al de buena fe acosara,
 y al honrado despojara
 de lo que con afán ganó.
 Ahora bien; ¿puede haber duda
 de que es faena clemente
 defender al inocente
 y amparar a la viuda?
 ¿Lograr la restitución
 de cuanto fué mal habido,
 y penar al mal nacido,
 al villano y al ladrón?
 ¿Puede haber placer mayor,
 para una noble conciencia,
 que hacer brillar la inocencia
 castigando al impostor?
 ¿Descorrer de la maldad
 el inicuo y torpe velo,
 y hacer lucir en el suelo
 el brillo de la verdad?
 Lo he pensado, y he de ser
 quien ampare al ofendido,
 que un buen abogado ha sido
 digno siempre de querer.

JOSÉ M. — No te niego la razón
 y muy bien la has apoyado,
 pero nunca ha progresado
 con Códigos, la nación.
 Contempla tú la Argentina,
 y dime si la riqueza
 que atesora, la grandeza



que todo su ser anima
 viene de la abogacía,
 ni de brillantes defensas.
 No, mi amigo, el poderío
 de nuestra patria querida
 no se funda, por mi vida,
 y esto, Carlos, te lo fío,
 en abogados ya viejos
 celosos de su carrera,
 ni en su rectitud severa,
 ni en sus muy sanos consejos.
 Creció el país, porque,
 aumentando, Carlos, fué
 la red de ferrocarriles.
 Nuestros puertos inseguros,
 de ayer a hoy se trocaron

en dársenas que albergaron
 buques a cientos, seguros
 de vaciar sus bodegas,



o cargarlas, sin temores
 a los fangos destructores
 o a vendavales refriegas.
 Y diques se han construído,
 y caminos se han trazado,
 y fábricas se han alzado

(Entusiasmándose.)

y pueblos mil han nacido;

que donde pone la planta
 un ingeniero, es bien cierto,
 vida cobra un país muerto,
 lo pequeño se agiganta;
 sin ellos no hay salvación,
 y con ellos todo sobra,
 y por ellos, Carlos, cobra
 vida holgada esta nación.

CARLOS — Tampoco niego no sea
 verdad cuanto tú aseguras,
 mas si las leyes son puras,
 el abogado es quien crea
 el bienestar y la calma,
 ya que en pueblo do hay justicia
 por no privar la malicia
 vive tranquila nuestra alma.

JOSÉ M. — Los progresos materiales
 el bienestar aseguran.

CARLOS — ¡Ay Pepe! cuán poco duran
 en tierra de criminales.

JOSÉ M. — Mejor es ser ingeniero.

CARLOS — Ser abogado es mejor.

JOSÉ M. — *(Levantándose, medio enojado.)*

¡Ya carga tanto doctor!

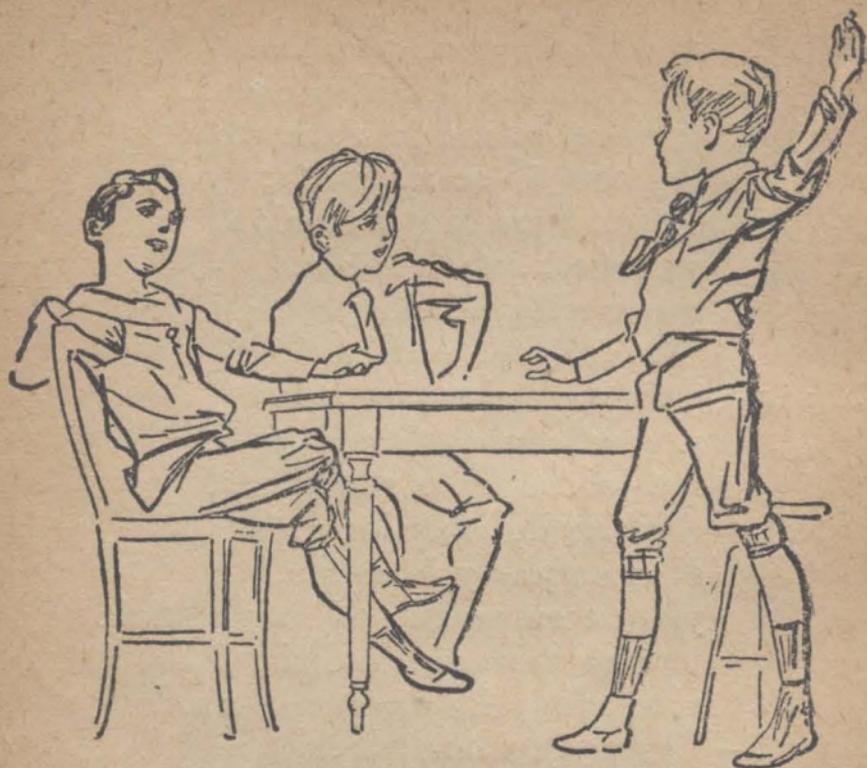
CARLOS — Te cargaré, mas lo quiero.

JOSÉ M. — Imposible me parece
 que no escuches la razón.

CARLOS — *(Levantándose.)*

Hoy te ofusca la pasión
 que lo más bello ennegrece.

VIRGILIO — *(Levantándose, y dirigiéndose a los dos con voz y ademán graves.)*



Cese ya vuestra porfía,
 razón os sobra a los dos,
 mas olvidáis ¡vive Dios!
 que no hay carrera baldía.
 A la pobre humana grey,
 impuso el Dios soberano,
 amor a todo lo sano,
 y el trabajo como ley.
 Y así, honra por igual
 a la patria en que naciera,
 quien la vida defendiera
 contra impulso criminal,
 que quien queriendo acercar
 a los hombres, va trazando

líneas que se van trocando
en fuentes de bienestar.
Y tanto vale á mi ver
quien medita, inventa o crea,
como el pobre que golpea
en el yunque del deber;
de todo debe de haber,
Carlos, en una nación,
y es, José, gran sinrazón
pretender un solo oficio;
lo diverso, aquí no es vicio,
antes bien es salvación.
¿Sabéis quiénes la pobreza
engendrando van en vida?
Cualquier nacido, si olvida
la ley de naturaleza;
y tras soñada riqueza
o ambición desenfrenada,
va en pos de altura soñada,
no en los brazos del trabajo
sino por el vil atajo
que hace la cuesta pesada.
No os fatiguéis aclarando
cuál es la mejor carrera;
bien ejercida, cualquiera
paz y calma nos va dando;
y así yo voy opinando
que tenéis razón los dos,
y que de progreso en pos,
nadie el bienestar ataja,
si todo el mundo trabaja,
cual manda la ley de Dios.

JOSÉ M. — Virgilio tiene razón,
que es bueno cualquier oficio.

CARLOS — Todo trabajo es servicio
que se presta a la nación.

VIRGILIO — Ambos, pues, a trabajar
con valiente y noble empeño;
trocad en real el sueño.

CARLOS — *(Con signo de inteligencia.)*

¡José!

JOSÉ M. — *(Íd.)* ¡Carlos!

VIRGILIO — A estudiar.

TELÓN.



EL DÍA DE LA PATRIA

COMEDIA EN UN ACTO

PARA NIÑOS Y NIÑAS

PERSONAJES.

MANUEL.

CARLOS.

JUAN.

LUIS.

BERNARDO.

FEDERICO.

AMELIA.

ANTONIA.

EL DÍA DE LA PATRIA

ACTO ÚNICO.

(La escena representará una habitación decentemente amueblada.
Al levantarse el telón, MANUEL solo.)

ESCENA I.

MANUEL.

De que vendrán, no tengo la menor duda. Todos son amigos míos y me quieren, pero una vez aquí ¿querrán acompañarme todos a la Plaza de Mayo para entonar juntos el Himno Nacional?... Creo que sí. El único que quizás se rebele un poco es Carlos, un español, un galleguito como cariñosamente lo llamamos en la escuela; pero como es un buen muchacho, y sobre todo, buen compañero, no es fácil nos desaire.

He citado a Juan, y a Luis, y a Federico, y a Bernardo, y es probable vengán también las hermanas de éste, Antonia y Amelia; total, con

Carlos y yo, ocho. Buen contingente para nuestra fiesta patria.

(Se oye un timbre.) Mas, me parece que han llamado. ¿Serán ya ellos?

ESCENA II.

MANUEL — LUIS — BERNARDO — AMELIA — ANTONIA.

LUIS — (Entrando.) *Bonjour.*

MANUEL — (Dándole la mano.) Hola, Luis. Tú siempre tan puntual.



LUIS — Puntualidad francesa. No me gusta hacerme esperar. Oye tú ¿qué vamos a hacer?

MANUEL — Ya lo verás; paciencia.

- LUIS — Bueno. Lo que es *mi* no tengo apuro. Así como así, en casa no se almuerza hasta los once. Ya ves si tengo tiempo.
- BERNARDO — *(Entrando y saludando a los otros.)* Buenos días, compañeros.
- AMELIA y ANTONIA — *(Entrando.)* Buenos días.
- MANUEL — « Va cayendo gente al baile. »
- BERNARDO — Es que va a ser la hora. Nos citaste para las ocho...
- ANTONIA — Sí, pero todavía no son. Nosotras quisimos adelantarnos para que no fuesen otras amigas a casa.
- AMELIA — ¿Te acuerdas del año pasado? Hablando se nos pasó la hora y no pudimos ir a la plaza.
- MANUEL — No pueden ya tardar los que faltan.
- BERNARDO — Pero aun no sé para qué nos ha citado.
- LUIS — Esto es lo que yo pregunto; ¿para qué?
- ANTONIA — Sí, ¿para qué?
- AMELIA — A ver.
- MANUEL — Calma, calma; todo se andará. Lo único que por ahora os digo, es que me dieron una comisión que espero me ayudaréis todos a cumplir.
- ANTONIA — Yo sí.
- BERNARDO — Yo también; pero alto ¡eh! Eso, si puedo.
- LUIS — *Et moi aussi*; digo, *mi* también.
- AMELIA — Se dice yo, y no *mi*.

- MANUEL — Cuando estemos todos reunidos, entonces os diré de qué se trata.
- BERNARDO — Oye, Manolo. ¿Y no nos podrías hacer un anticipo?
- MANUEL — No tiene objeto. Dentro de pocos momentos lo habréis de saber todo.
- ANTONIA — Yo no soy curiosa.
- LUIS — *(Con sorna.)* ¿No?
- ANTONIA — *(Enojada.)* No y no. ¿Qué te has creído tú, franchute?
- LUIS — A mucha honra, *(Con orgullo.)* niña.
- ANTONIA — Quita allá.
- MANUEL — Haya paz.
- ANTONIA — Me ha llamado curiosa.
- BERNARDO — No seas pava. Te ha preguntado si lo eras, no te lo ha llamado.
- AMELIA — Para el caso es igual.
- MANUEL — *(A Antonia.)* ¿Qué mosca te ha picado esta mañana? Parece que vienes de mal humor.
- ANTONIA — *(Con cara seria.)* Es que siempre les gusta hacerme rabiar.
- MANUEL — No les hagas caso.
- BERNARDO — *(Impacientándose.)* ¡Tardan mucho!
- LUIS — *(Mirando su reloj.)* Sí, ya va a *estar* la hora.
- MANUEL — A ser, querrás decir.
- LUIS — *C'est égal.*
- ANTONIA — No; no es lo mismo hablar mal que hablar bien.
- MANUEL — Voy a ver... *(Se va.)*
- ANTONIA — ¿Qué?
- LUIS — ¡Y luego dice que no ser curiosa!

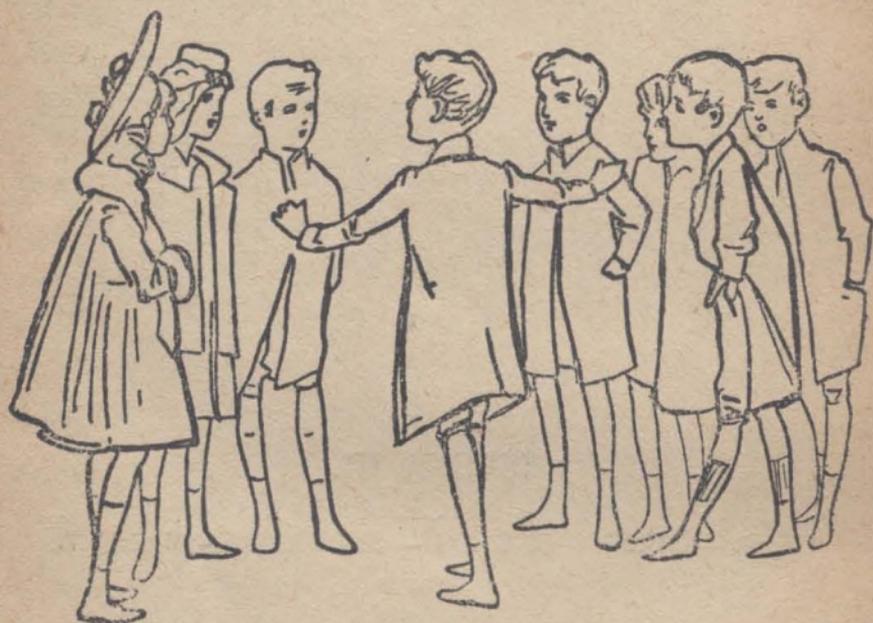


ESCENA III.

DICHOS — JUAN — CARLOS — FEDERICO — MANUEL.

- JUAN — *(Entrando.) Buon giorno.*
 TODOS — ¡Oh! ¡oh!
 FEDERICO — ¡Good morning! Yo haber venido un poco atrasado, porque mí querer pasar por la plaza para ver...
 MANUEL — *(Entrando.)* ¿Quién había allí?
 CARLOS — Con esta « garúa », ni un alma.
 AMELIA — *(A Antonia.)* ¿Y para qué hemos venido?
 ANTONIA — *(A Amelia.)* Ahora Manuel lo dirá.

- MANUEL — (*Mirando a todos.*) ¡Estamos todos? A ver, vamos, en rueda (*Contándolos.*) Uno, dos, tres... siete, y yo, ocho.
- CARLOS — ¡Y para qué nos has llamado?
- MANUEL — Vas a saberlo.
- ANTONIA — Vamos a ver.
- MANUEL — (*En medio del corro.*) ¡Compañeros!



- CARLOS — Oye ¡nos vas a echar un discurso?
- BERNARDO — Callarse.
- FEDERICO — Tú, callar.
- CARLOS — No me dá la gana.
- JUAN — Cállate, hombre.
- CARLOS — Silencio...o...o...o.
- AMELIA — Habla.
- ANTONIA — Cállense. ¡Qué zonzos!
- MANUEL — Amigos. Ayer a la salida de clase,

y después de aquel discurso del maestro, éste me llamó y me dijo : « Manuel, (*Ahuecando un poco la voz.*) mañana es el día de la patria : tenemos que ir a la plaza a cantar el himno, y he pensado que tú debes llevar el pendón de la escuela. »

BERNARDO — ¡Qué honor!

MANUEL — Esto pensé yo, y me puse a temblar, y dije que bueno. Entonces el maestro añadió : « Búscate los amigos que quieras para que te rodeen, y en comisión venís a buscar la bandera. El Colegio irá detrás de vosotros ». Con que ya lo sabéis. Os he llamado como amigos míos, para que me acompañéis a saludar la bandera argentina en el día más grande de la patria.

BERNARDO, ANTONIA, AMELIA — ¡Bravo!

JUAN — (*Displicente.*) Si sé que se trataba de esto, no vengo.

MANUEL — (*Sorprendido.*) ¿Por qué?

FEDERICO — Yo no ir.

CARLOS — Y yo, menos.

MANUEL — (*Siempre sorprendido.*) Cómo ¿no me acompañáis? ¿Y vosotros sois amigos míos?

FEDERICO — Yo sí, ser amigo tuyo.

LUIS — Yo para esto, no.

CARLOS — Yo tampoco.

MANUEL — ¿De manera que...

CARLOS — Vaya, que nosotros cuatro no vamos. Vé tú con esos.



MANUEL — *(Enojado.)* ¿Y me dejaréis ir solo?

JUAN — Solo no, ya vas con ése y ésas. *(Señalando a Bernardo, a Antonia y a Amelia.)*

MANUEL — ¿Pero por qué?

(Momento de pausa.)

CARLOS — Mira, ya que los otros no se atreven, yo te voy a decir el por qué no quiero ir. Yo no iré porque soy gallego, como tú dices, y a mí de tu sol ¡qué me importa!

JUAN — Yo soy italiano, y, francamente, lo mismo me da de tu sol que de la luna.

FEDERICO — Yo ser inglés, y como no ser argentino, no tengo empeño...

LUIS — Y yo *estar* francés, por consiguiente no entusiasmarme tu sol.

- BERNARDO — ¡Viva el sol de Mayo!
- MANUEL — Tú, calla. Y tú, gallego, ven acá, y tú francés, y tú inglés, y tú italiano, venid los cuatro y decidme. ¿Vuestros padres viven aquí?
- LOS CUATRO — Sí.
- MANUEL — ¿Y trabajan?
- LOS CUATRO — Sí.
- MANUEL — Y claro está, que trabajando...
- CARLOS — Mi padre tiene un gran taller de herrería y trabaja mucho y bien.
- FEDERICO — El mío ser empleado en el Banco de la Nación.
- LUIS — El mío ser acopiador de frutos.
- JUAN — El mío tiene fábrica de *masas* y caramelos.
- MANUEL — ¿Y sabéis por qué vuestros padres viven bien?
- CARLOS — Claro que sí, porque trabajan.
- MANUEL — Y porque el país progresa. Si hubiera miseria; ¿qué sería de vosotros, de nosotros, de todos?
- BERNARDO — Esto, esto ¿qué haríamos?
- MANUEL — A todos, pues, nos interese el bienestar del país; y pues aquí vivís y aquí coméis, y trabajáis, y nadie os molesta, vuestro deber es gritar :
¡Viva la Argentina!
- JUAN — ¡Ah! esto sí. Viva, porque el país es lindo y mis papás, aun queriendo mucho a Italia, están contentos de haber venido.

- MANUEL — Pues si gritas aquí ¡viva la Argentina! ¿por qué no en la plaza?
- CARLOS — Yo me intereso por España.
- MANUEL — ¿Y por la Argentina no?
- CARLOS — Sí. *(Con tibieza.)*
- MANUEL — Escucha, Carlos : si, lo que Dios no quiera, estallase una guerra, ¿te marcharías?
- CARLOS — *(Con resolución.)* No.
- MANUEL — ¿Permitirías que el enemigo entrara aquí?
- CARLOS — Nunca.
- MANUEL — ¿Que quemaran tu casa, la mía, la de éstos? ¿Que mataran a mis padres, a los de éstos, a los tuyos?
- CARLOS — Jamás; con los dientes y con las uñas me defendería yo, y os defendería a todos vosotros.



- MANUEL — *(Alargándole la mano, Carlos le da la suya.)*
Choca; ya eres argentino de cora-

zón, si aun no quieres serlo de cabeza.

CARLOS — Pero que tiene que ver...

BERNARDO — ¡Pues no ha de tener que ver! Nadie se mata por lo que no quiere.

JUAN — De esto a ir a la plaza...

MANUEL — Es verdad, no hay más que un paso que se salva fácilmente.

LUIS — En el fondo tiene razón Manuel. Mi padre dice que está contento...

FEDERICO — Mí haber visto ingleses, muchos ingleses querran a la Argentina porque decir que ser buen país.

MANUEL — Y qué duda tiene que lo es. Mi patria os quiere a todos como a hijos. Cuando mis padres fundaron esta nacionalidad, la fundaron para todos. Brown era inglés, gallego Larrea, Pueyrredón francés, y éstos, y San Martín, y Belgrano, y Rivadavia, y todos, desde el cielo aplauden al ver que aquí se reúnen gentes de todos los países, que en diversas lenguas gritan con el alma « Viva la Argentina ».

CARLOS — Yo ya la quiero, esto lo sabéis todos, pero me carga que quieran obligarme.

MANUEL — ¡Si nadie te obliga! Oye ¿Gritarías muera la Argentina?

CARLOS — Jamás.

MANUEL — Pues, lo que no se quiere que muera

es que se desea que viva. ¿Ves, testarudo, como quieres a mi patria?

LUIS — Y yo también.

JUAN — *Anche io.*

FEDERICO — Mi también.

MANUEL — Pues entonces, no hablemos más. Vamos a la escuela. Vengan a mi lado los representantes de España y de Francia, de Inglaterra y de Italia; venid vosotros también, y llenos de patrio amor cantemos a coro :

Desde un polo hasta el otro resuena.

En marcha, a la escuela.

TODOS — Vamos ya.

MANUEL — ¡Viva la Argentina!

TODOS — ¡Viva!

(A los acordes del himno se van todos.)

TELÓN.



LA LAZARILLA

DRAMA EN UN ACTO Y DOS CUADROS

PARA NIÑOS Y NIÑAS

PERSONAJES.

CIEGO.....	Niño.
LAZARILLA.....	Niña.
ANTONIO, marido de la siguiente.....	Niño.
MARÍA.....	Niña.
PEDRO.....	Niño.
SIRVIENTE.....	Niño.
UN PASEANTE.....	Niño.
DOS SEÑORAS.....	Niñas.

LA LAZARILLA

ACTO ÚNICO.

CUADRO I.

(La escena representará una calle. Al levantarse el telón, el ciego estará sentado en un banquito de tijera. La lazarilla se moverá de un sitio a otro.)

ESCENA I.

CIEGO — LAZARILLA — UN PASEANTE — DOS SEÑORAS.

CIEGO — Oye, lazarilla.

LAZAR. — (*Acercándose.*) ¿Qué desea, abuelito?

CIEGO — Me parece que ya es hora de marcharnos.

LAZAR. — Como quiera. (*Hace como si mirase algo lejos.*)
¿Quién tuviera una muñeca como aquélla! (*Al viejo que está contando la plata.*)
¿Qué está haciendo?

CIEGO — Estoy contando la plata.

LAZAR. — (*Aparte.*) Las muñecas que yo he tenido, todas estaban rotas; las más sin cabeza.

CIEGO — Lazarilla.

LAZAR. — (*Acercándosele.*) ¿Qué quiere?

CIEGO — ¿Hablas sola?

LAZAR. — Sí, abuelito. Decía que todas las muñecas mías están sin cabeza.

CIEGO — Como muchas personas.

LAZAR. — *(Sorprendida.)* ¡Personas sin cabeza! Yo no he visto ninguna.

CIEGO — Pues las hay.

LAZAR. — ¿Y cómo pueden comer?

CIEGO — Cuando digo sin cabeza, quiero decir que no piensan, y, ya ves, si no se piensa.....

LAZAR. — Dígame, abuelito, ¿y yo tengo cabeza?

CIEGO — Vaya si la tienes, y muy linda.

LAZAR. — ¿De veras?.....

Hoy no hemos visto a aquella señora que me mira tanto. ¡Si viera abuelito qué bien vestida va! Debe ser muy rica.

CIEGO — ¡Quién sabe! Porque a veces.....

LAZAR. — ¿Se acuerda de aquel día en que me paró y me preguntó cómo me llamaba, y luego me dió un peso?

CIEGO — Dios se lo pague.

LAZAR. — Desde entonces, casi siempre me habla al darme la limosna.



- CIEGO — ¿Y de qué te habla?
- LAZAR. — De si recogemos mucho; de si tengo frío; y..... hasta un día me preguntó si le quería mucho.
- CIEGO — Y tú ¿qué contestaste?
- LAZAR. — Pues, la verdad; que sí, que le quiero mucho.
- CIEGO — ¡Bendita seas!
- LAZAR. — *(Al ciego que tiene la plata en la mano.)* ¿Hemos juntado mucho esta tarde?
- CIEGO — ¿Cuánto dirás? ¿A que no aciertas?
- LAZAR. — ¿Sesenta centavos?
- CIEGO — No acertaste. Más, algo más. Ochenta y dos centavos.
- LAZAR. — Espere un poco. *(Como si mirase lejos.)* Ahora viene un caballero.
- PASEANT. — *(Sin hablar atraviesa la escena. Cuando la niña le pide limosna, saca diez centavos del bolsillo y se los da.)*
- LAZAR. — *(Alargando la mano.)* Una limosna para el pobre ciego. Dios se lo pagará..... *(Al recoger la moneda.)* Dios le dé salud..... Abuelito, tome, diez centavos más.
- CIEGO — ¡Bendito sea el cielo! ¡Ya son noventa y dos centavos! Quizá antes de llegar a casa reunamos aun para completar el peso.
- LAZAR. — Si nos apuramos, tal vez, pues es la hora *(El ciego se levanta.)* en que solemos encontrar aquella modistilla tan linda, que siempre que me ve me llama y me da cinco centavos.

CIEGO — Vamos; recoge el banquillo.

LAZAR. — (*Dobla la silla de tijera.*) Viene gente.

CIEGO — (*Aparecen dos señoras, que conversando atraviesan la escena.*) Una limosna por amor de Dios!

SEÑORA — (*Con fastidio.*) ¡Pobres impertinentes!

OTRA — ¡Cómo está Buenos Aires! No se puede dar un paso.

LAZAR. — ¡Una limosna para el pobre ciego!

SEÑORA — Otra vez será, muchacha.

OTRA — No sé cómo se permite. (*Se van.*)

LAZAR. — ¡Psch! Tan *paquetas*..... y no nos dan nada.

CIEGO — Así es la vida, hija mía; el harto no se acuerda del hambriento. Vámonos. (*La lazarilla le da la mano.*)

LAZAR. — Vamos; con cuidado, abuelito, que el piso está muy resbaladizo (*Mientras van caminando.*) ¡Llegaremos a reunir el peso?

CIEGO — ¡Quién sabe! (*Se van.*)



MUTACIÓN,

CUADRO II.

(La escena representa una salita de confianza de una casa decente. Al comenzar, MARÍA está sentada y ANTONIO se mueve de un sitio a otro.)

ESCENA I.

ANTONIO — MARÍA.

ANTONIO — ¿A qué hora quedó en traerla?

MARÍA — Al anochecer.

ANTONIO — (*Acercándose á María.*) ¿Sabes que me parece que no obramos bien?

MARÍA — (*Sorprendida.*) ¿Por qué?

ANTONIO — ¡Qué sé yo! El ciego la necesita...

MARÍA — Pues (*Resuelta.*) al ciego se le dan unos pesos... Al fin y al cabo, tampoco es hija suya.

ANTONIO — Pero él la crió... y se querrán...

MARÍA — Él quizá la estima por egoísmo; en cuanto a ella, « amor de niño, agua en cestillo ».

ANTONIO — El ciego no va a querer, porque pensará que acabada la plata...

MARÍA — Que busque otro lazarillo. Estoy encantada de la muchacha; es linda y es vivaracha, y cuando lleve otro traje...

ANTONIO — A mí también me gusta, es la verdad, y más, porque dicen que es muy buena.

MARÍA — Con ella aquí, la casa será otra; que siempre se alegra un hogar cuando suenan en él las francas risotadas de la infancia.

ESCENA II.

DICHOS y PEDRO.

PEDRO — *(Entrando.)* Muy buenas tardes.

MARÍA — ¿Y la lazarilla?

ANTONIO — Buenas tardes, Pedro.

PEDRO — *(A la señora.)* Aun no es la hora convenida.

ANTONIO — Mi mujer está que no vive hasta que no vea a la chiquilla en casa. Hecha la resolución de prohijarla, lo mejor es que venga cuanto antes. ¿Y qué dijo cuando supo...?

MARÍA — Sí; ¿qué ha dicho?

PEDRO — Abrió primero sus ojitos, digo mal, sus ojazos, porque los tiene muy grandes, y, como si fuese una persona mayor, me escuchó sin interrumpirme.

ANTONIO — ¡Pobrecita!

PEDRO — Después me preguntó qué sería de abuelito si ella le abandonaba.

MARÍA — ¡Abuelito?

PEDRO — Ella da al ciego este cariñoso nombre. Yo entonces traté de convencerla diciendo que Vds. cuidarían de él.

MARÍA — ¡Ah! sí; lo que es esto, sí. Le daremos unos pesos...

PEDRO — La dije que Vds. la querrán mucho; que la comprarán muchos juguetes; que comerá bien y vestirá mejor...

ANTONIO — *(A María.)* ¿Sabes lo que pensaba?

MARÍA — ¿Qué?

ANTONIO — Me llego hasta la juguetería de don Raimundo, para que mande en seguida un lindo juguete de resorte. Ella ha de haber tenido pocos, y a su edad.....

PEDRO — Muy bien pensado.

MARÍA — Buena idea.

PEDRO — Vamos; y mientras Vd. compra el juguete, yo voy por la chiquilla. La hora se va acercando.

ANTONIO — Vamos, pues.

MARÍA — *(A Antonio.)* No tardes ¡eh!

ANTONIO — No, mujer; vuelvo en seguida.

PEDRO — *(A la señora.)* Señora; hasta luego.

MARÍA — Hasta luego. *(Se van Antonio y Pedro.)*

ESCENA III.

MARÍA, luego una SIRVIENTA.

MARÍA — Diez años de matrimonio ¡y sin hijos! la vida me resulta muy monótona. *(Se levanta, toca un timbre y aparece una sirvienta.)* Dile a Juan que vaya a buscar unas *masas*, y que no se demore.

SIRV. — Está bien, señora.

MARÍA — ¡Ah! Oye. *(Al retirarse la sirvienta.)* Y que traiga también un paquete de bombones.

SIRV. — ¿Nada más?

MARÍA — No..... nada más. ¡Ah! sí; tráeme el libro que está encima de la mesita de noche de mi cuarto.

SIRV. — Al momento. *(Se va.)*

MARÍA — *(Paseándose por la escena.)* ¡Cómo cambiará esta casa! Por supuesto, que vendrá hecha un asco, y quién sabe si hasta traerá..... Pero, en fin; la haré tomar un buen baño, y cambiada la ropa.....

ESCENA IV.

ANTONIO — MARÍA — Luego la SIRVIENTA.

MARÍA — *(Viendo entrar a Antonio.)* ¿De vuelta ya?

ANTONIO — *(Con un envoltorio en la mano.)* Fui tan sólo hasta la esquina para no tardar. Lo he querido traer yo mismo. Mira, mira qué monada. *(Desenvuelve el paquete y saca un juguete al que, dando cuerda, pone en movimiento.)*

MARÍA — *(Con alegría infantil.)* ¡Qué bonito! ¡Qué gracioso!

ANTONIO — *(Observando el juguete.)* Observa los movimientos.

MARÍA — Realmente es una monada. Si al ver los juguetes de hoy en día le dan a una ganas de volverse chiquilla.



ANTONIO — Lo envolveremos, y.....

MARÍA — No, déjalo, así encima de aquel mueble. *(Antonio deja el juguete encima de una mesa.)*

SIRV. — *(Entrando.)* ¡Señora!

MARÍA — ¿Qué hay?

SIRV. — El libro que había pedido.

MARÍA — Dámelo; ya no me acordaba. Alguien llama.

SIRV. — Ya está Ruperta.

MARÍA — Vé a ver; de todos modos, y si es don Pedro con una niña que pasen.

SIRV. — Está bien. *(Se va.)*

ESCENA V.

DICHOS, PEDRO y la LAZARILLA.

PEDRO — Muy buenas noches.

LAZAR. — *(Encogida.)* Buenas noches.MARÍA — Entren, entren. *(Tomando de la mano a la niña; con cariño :)* Venga Vd. acá, señorita.PEDRO — *(A Antonio, mirando a la chiquilla.)* Es muy linda ¿verdad?ANTONIO — *(Alegre.)* ¡Preciosa!

MARÍA — No eres señorita, pero ahora vas a serlo.

LAZAR. — *(Sorprendida.)* ¿Cómo?..... ¡Ah! sí, ya no me acordaba. Este señor me dijo que Vds. me quieren mucho.

ANTONIO — Sí, hija, te vamos a querer mucho. Tú eres muy buena.

LAZAR. — *(Con modestia.)* Yo no sé.

MARÍA — Nosotros sí lo sabemos; vaya si lo sabemos. Tú eres buena, y a las niñas buenas Dios les da un premio.

LAZAR. — Yo no soy niña; ya ven, ni padres tengo.

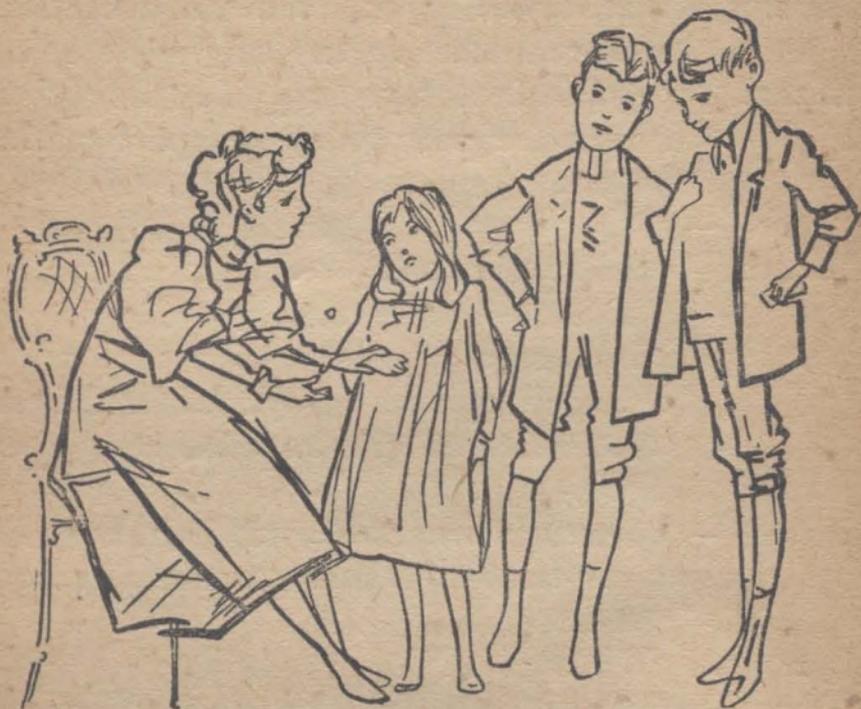
MARÍA — Angelito de Dios.

LAZAR. — No he conocido más cariño que el de abuelito.

ANTONIO — Oye, ¿y por qué le llamas abuelito?

MARÍA — Él no es tu abuelo, ¿verdad?

LAZAR. — Creo que no, pero qué más da. Es viejo, está ciego, me quiere mucho, mucho.



ANTONIO — Porque tú te lo mereces.

LAZAR. — Juntos pedimos limosna (*Se va animando poco a poco.*) y si recogemos algo para comer, nos lo partimos; en verano, de día, a la luz del sol; de noche, al brillo de las estrellas; y en invierno, cuando hace frío, mucho frío, si me duermo en el portalón de una casa, abuelito me acerca a él y cubre mi cuerpo con su roto capote.

MARÍA — Casi me hace llorar. ¡Pobrecita!

LAZAR. — A veces recogemos mucho, a veces poco; y, vean qué cosa rara : he no-

tado que los que van mal vestidos nos protegen más que los ricos.

ANTONIO — Bueno, mi hija; nosotros que sabemos cuantos son tus sufrimientos.....

LAZAR. — ¿Sufrimientos yo? ¡Quiá! Abuelito sí que sufre porque no ve, pero yo..... yo no.

MARÍA — ¿Habrás pasado hambre?

LAZAR. — (*Resuelta.*) No. (*Pensando.*) ¡Ah! sí; un día. Había llovido mucho, y como no pudimos salir a recoger limosna, pues, al anoecer nos desayunamos con un tarugo de pan que abuelito remojó en agua.

MARÍA — Bueno, bueno (*Seria.*) no hablemos de cosas tristes. Dime, ¿te gustará vivir con nosotros?

LAZAR. — ¿Y abuelito?

ANTONIO — Pues... abuelito... se quedará en su casita.

LAZAR. — ¡Ah! Eso no, nunca.

MARÍA — (*Acercándose.*) Atiende bien. Él, tu abuelito, como le llamas, no quedará abandonado. Le daremos plata para que coma bien y no tenga que ir pidiendo limosna mientras no encuentre otra lazarilla tan buena como tú. Tú le irás a ver.

LAZAR. — ¿Y por qué no viene él también aquí?

PEDRO — Verás. Estos señores quieren que tú, tú sola vivas con ellos; serás su hija.

SIRV. — ¡Señora!

MARÍA — ¿Quién?

SIRV. — Las *masas* y los bombones.

MARÍA — Deja las *masas* en el velador y dame los bombones. (*La sirvienta hace lo dicho y se va; a la niña :*) ¿Te gustan los dulces?

LAZAR. — No lo sé. ¡A ver! (*Mirando el paquete abierto.*)
¡Ah! De eso no he comido nunca.

ANTONIO — Toma, prueba uno.



LAZAR. — (*Encogida.*) No, no señor. Gracias.

MARÍA — Tómalos, si son todos para ti.

LAZAR. — (*Alegre.*) ¿Todos?

MARÍA — Sí, todos : prueba.

LAZAR. — (*Come uno.*) ¡Ay! ¡qué cosa más rica!
¿Le podré dar a abuelito?

ANTONIO — Sí; ahora y siempre.

LAZAR. — *(Come otro bombón.)* ¡Qué ricos son! Dígame, señora. ¿Cómo se llama esto?

MARÍA — Bombones.

PEDRO — Ahora que vas a vivir con estos señores, ellos te comprarán siempre.

LAZAR. — *(Vuelve a abrir el paquete, y después de mirarlo :)* ¿Puedo comer otro?

ANTONIO — Todos, si quieres; para el ciego ya compraremos más.

LAZAR. — Todos no, que me harían daño.

MARÍA — Bueno, pues, quedamos en que te avienes a vivir con nosotros. Mira, yo te querré mucho, como si fuese tu mamá.

LAZAR. — Gracias, señora.

MARÍA — *(Señalando a Antonio.)* Este señor vendrá a ser tu papá.

LAZAR. — Bueno : y el ciego mi abuelito.

ANTONIO — *(Encogiéndose de hombros.)* Está bien; tu abuelito.

PEDRO — *(Mirando el juguete.)* ¿Y esto qué es?

ANTONIO — ¡Ah! Ya me olvidaba. ¿Te gustan los juguetes? *(Va y lo toma de la mesa.)*

LAZAR. — Yo no he tenido juguetes. Digo, sí, he tenido, pero todos rotos. Los que otros tiraban yo recogía. He tenido muchas muñecas sin cabeza.

MARÍA — ¡Preciosa!

ANTONIO — Pues mira éste, míralo bien. Éste no está roto.

LAZAR. — *(Lo toma.)* ¡Qué bonito!

MARÍA — Dámelo. *(Lo toma, le da cuerda y lo pone en movimiento.)*

- LAZAR. — *(Al verlo caminar.)* Já, já, já. *(Riendo y palmo-teando.)* ¡Qué hermoso! ¡Ay! ¡Qué bonito! ¡Cuánta plata debe costar!
- ANTONIO — Como éste te iremos comprando varios.
- LAZAR. — ¡Qué lástima que abuelito no pueda verlo!
- MARÍA — Éste ya es tuyo.
- LAZAR. — ¿Mío?
- ANTONIO — Sí, tuyo.
- LAZAR. — ¡Cuán buenos son Vds.! *(Fijándose en los muebles y en las paredes.)* ¡Qué casa linda!
- MARÍA — ¿Te gusta?
- LAZAR. — Mucho. Aquí sí que en invierno no debe hacer frío.
- ANTONIO — En vista de lo que ayer te habló don Pedro, ya te hemos preparado un lindo cuartito para ti. ¿Quieres verlo?
- LAZAR. — Como quiera.
- ANTONIO — Ven. *(La toma de la mano y se van.)*

ESCENA V.

MARÍA y PEDRO.

- MARÍA — Creí que costaría más convencerla.
- PEDRO — A esta edad los afectos aun no son profundos, y no dudo que los cuidados, los mimos de Vds., lograrán que a los ocho días la muchacha ya no se acuerde del ciego, y que hasta cuando

sea mayor se avergüence de haberlo acompañado.

MARÍA — Ahora, en cuanto vuelva con Antonio, se la lleva Vd. a que se despidan del ciego, que si quiere de verdad a la lazarilla, se alegrará del cambio de su fortuna; le entrega Vd. lo que hemos dicho, y nos la devuelve para que ya tome esta casa por suya.

PEDRO — El ciego es un hombre razonable; estoy seguro de que no sólo no me costará lograr que se desprenda de la lazarilla, sino que se alegrará de que la prohíjen Vds.

MARÍA — Creo lo mismo, pues al fin y al cabo, ninguno de los dos hace mal negocio.

ESCENA VI.

DICHOS — ANTONIO — LAZARILLA.

LAZAR. — ¡Qué lindo cuartito! ¡Y qué casa! ¡Ni que fuese una señorita!

MARÍA — ¿Te gusta?

LAZAR. — Mucho, señora.

MARÍA — Oye : desde mañana, porque esta noche ya vas a dormir aquí...

LAZAR. — ¿Ya esta noche? *(Sorprendida.)*

MARÍA — Sí; desde mañana quiero que me llames mamá. ¿Querrás tú?

LAZAR. — Si Vd. lo quiere. Dígame, señora, ¿para qué son unos tarritos que hay en una mesa con piedra blanca?

MARÍA — Aquello se llama tocador.

LAZAR. — *(Con sencillez.)* ¿Se toca? ¿Tiene música?

MARÍA — No, mi hija; aquí se coloca todo lo que se refiere al aseo de una persona.

ANTONIO — Ya es tarde, *(Mirando su reloj.)* se acerca la hora de comer...

PEDRO — *(A Lazarilla.)* Vámonos nosotros; vamos a decirle adiós al ciego...

LAZAR. — ¿Le llevaré estas golosinas? *(Señalando los bombones.)*



MARÍA — Llévaselas si quieres.

LAZAR. — ¿Y el juguete? *(Mirándolo.)*

ANTONIO — El juguete no; si no lo puede ver.

LAZAR. — ¡Qué importa! Lo tocará. Con el tacto conoce todo, abuelito.

PEDRO — Señora. (*Despidiéndose.*) Nos vamos que ya es tarde.

MARÍA — (*A Pedro, en voz baja.*) Oiga, no se demoren mucho. Procure abreviar la despedida, y dígale al ciego que cada semana dejaremos que la chiquilla vaya a verlo un rato; así estará más conforme. Después haremos un viaje con ella, y acabará por olvidarlo.

ANTONIO — (*Que estaba hablando con la niña.*) No te que-rré; si ya te quiero ahora. Váyanse, y vuelvan pronto.

ESCENA VII.

DICHOS y SIRVIENTA.

SIRV. — (*Entrando y en voz baja.*) Señora, a la puerta está el ciego que pregunta por la chica.

LAZAR. — (*Suelta el juguete y los bombones, y se va por la puerta del foro gritando :*) ¡Abuelito!.....
¡Abuelito!.....

ANTONIO — ¡Qué contrariedad!

MARÍA — ¿Por qué? No; quizás así sea mejor. Vaya Vd., Pedro, y que lo hagan pasar, así arreglaremos de una vez el asunto. (*Dirigiéndose a Antonio :*) Lo que

tenía que hacer él *(Por Pedro.)* lo hacemos nosotros.

PEDRO — Voy a buscarles. *(Se va.)*

MARÍA — Háblale tú primero, que si no cede, yo te ayudaré.

ANTONIO — Creo que cederá.

ESCENA VIII.

DICHOS — CIEGO — LAZARILLA — PEDRO.

CIEGO — *(De la mano de la Lazarilla, entrando despacio hasta colocarse en mitad de la escena.)* A la paz de Dios.

ANTONIO — Buenas noches, amigo. ¿Vd. venía por la Lazarilla?

CIEGO — Natural. Yo estaba descabezando un sueño, como casi siempre que vengo de la calle, y, al despertarme, llamé a la chica, y, nada.

MARÍA — Y ella estaba en paraje seguro.

CIEGO — Así me han dicho unos vecinos que la vieron salir de casa con un señor, y como me dijeron, me hice acompañar, porque es lo que yo dije, la chica estará molestando.....

ANTONIO — ¡Oh! No.

CIEGO — Sí, los pobres siempre molestamos, y aun cuando se asegura que todos somos hermanos, hay muchos ricos que reniegan del parentesco.

- ANTONIO — Pues para que vea que nosotros no somos así... *(Se le acerca.)* Pero acérquese y siéntese. *(A la lazarilla:)* Y tú, también.
- LAZAR. — No, gracias, estoy bien de pie.
- CIEGO — *(Buscando la silla que le acerca la chica.)* Que no sea muy fina la silla; la podría manchar.
- MARÍA — ¡Qué importa!
- CIEGO — Verdad que estas manchas se quitan, mientras otras.....
- PEDRO — Cabal.
- ANTONIO — No se quitan fácilmente. Decía, pues, que para que vea como nosotros entendemos la fraternidad humana, teníamos aquí a la lazarilla para hablarle de cierto asunto que a ella interesa, y que a Vd. le agradará sin duda.
- CIEGO — ¿De qué se trata?
- ANTONIO — *(Sentándose cerca del ciego.)* Nosotros no tenemos hijos, y deseando prohijar a una niña dócil y buena, nos hemos fijado en la lazarilla.
- CIEGO — *(Sorprendido.)* ¡Llevársela de mi lado!... De mi lado..... ¿Y qué será de mí? *(Sollozando.)*
- LAZAR. — *(Abrazando al ciego.)* Abuelito, abuelito, no llore.
- ANTONIO — Atienda con calma.
- CIEGO — *(Abrazando a la chica.)* ¡Quitarme este ángel que me acompaña!
- MARÍA — Óigame, buen hombre. ¿La lazarilla es hija suya?

CIEGO — No. *(Con voz entrecortada.)*

PEDRO — ¿Es Vd. su abuelo, su pariente?



CIEGO — No.

ANTONIO — Pues, no siendo nada de Vd. ni tampoco de nosotros, con el mismo derecho que Vd. la ampara queremos ampararla nosotros, que podemos hacerla educar, instruir.

CIEGO — No, no, *(Animándose.)* el derecho no es igual. Cuando sus padres murieron, ella tenía tres años; nadie, ningún vecino quiso recogerla, y al saberla sola, abandonada, me la llevé a mi cuarto para que sus alegrías y sus juegos alumbraran lo obscuro de mi soledad. Y a mi lado ha crecido, y a pesar de mi ceguera la velé cuando es-

tuvo enferma, y por ella he llorado, y gracias a ella también he reído, que es la compañía de un ser inocente gran mitigador de duelos y pesares.

MARÍA — Su acción es muy noble.

ANTONIO — Digna de aplauso.

MARÍA — Pero ahora poca cosa más podrá hacer por ella, mientras que nosotros.....

CIEGO — ¡Dios eterno! (*A la chica :*) Y tú ¿qué dices a esto?

LAZAR. — Que si Vd. no quiere no me quedo.

MARÍA — Oiga Vd. y no se apesadumbre. A su lado la chica pasa miseria.

CIEGO — (*Bajando la cabeza.*) Es verdad.

ANTONIO — Pesadumbres.

CIEGO — Es cierto.

MARÍA — Quizás hambre.

CIEGO — (*Apesadumbrado.*) Algunas veces.

LAZAR. — (*Con rapidez.*) No, abuelito, hambre no... una sola vez.

MARÍA — Pues bien, con nosotros la niña estaría cuidada, regalada... Haremos de ella nuestra hija.

CIEGO — ¡Y qué será de mí sin el calor de este ángel?

ANTONIO — Ínterin Vd. no encuentra un lazarillo a su satisfacción, nosotros sufragaremos los gastos de Vd.

MARÍA — Si no es que prefiere entrar en un asilo.

CIEGO — (*Con resignación.*) Si no es la miseria lo que me espanta, ya que tengo con ella antiguas relaciones; lo que hará más

triste mi vida será la falta de este ser a quien tanto quiero; al frío de la calle tendré que añadir el frío y la soledad de mi tugurio. *(Sollozando.)*

LAZAR. — No llore, abuelito.

ANTONIO — Vd. no tiene derecho a tronchar el porvenir de esta chica.

CIEGO — *(Levantándose altanero; los demás también se levantan.)* Es cierto.

LAZAR. — *(Abrazándole.)* Abuelito, abuelito mío.

CIEGO — *(Procurando apartarla.)* Sí, es verdad; yo no debo ser egoísta. Quédate, quédate aquí, ángel mío; aquí te darán buena mesa, buena cama, buenos trajes, mientras que a mi lado sólo vistes harapos, duermes en el suelo y comes mendrugos.

LAZAR. — Y muy contenta.

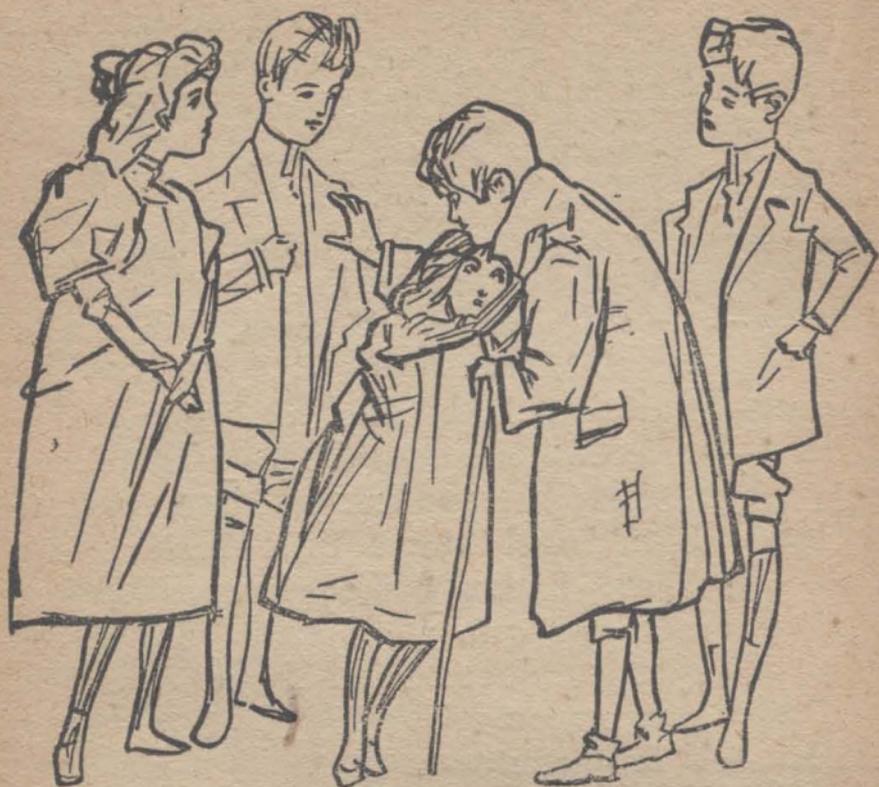
CIEGO — No, no, quédate, quédate con estos señores. Yo me iré solo y ciego por estos mundos de Dios, buscando el sitio donde deba caer para siempre, rendido al peso de tanto dolor.

MARÍA — Vd. se exagera; nosotros...

CIEGO — No, no quiero nada de Vds. Les entrego mi lazarilla... Ven, dame un beso.

LAZAR. — ¿No más que uno?

CIEGO — Se la entrego, y en cambio sólo pido que la quieran mucho... Ven a mis brazos. *(La abraza.)* Óyeme; te dejo, sí, dicen bien estos señores; yo no tengo



derecho a perjudicarte; quédate, quédate con ellos, y crece *(Con voz entrecortada.)* y sé buena, siempre buena, no olvides que tu madre desde el cielo vela por ti.

LAZAR. — *(Abrazándole con fuerza.)* Es que yo no quiero...

CIEGO — Si ellos te prohijan...

MARÍA — ¡Oh! Sí.

CIEGO — *(Con fingida energía.)* Tú te quedas; te lo mando. Déjame, déjame ir solo. El muchacho que me acompañó hasta aquí me devolverá a mi casucha...

PEDRO — ¡Oh! No; yo le acompañaré.

CIEGO — (*Despidiéndose.*) Señores, con Dios, y él les premie cuanto hagan por la chica. Si un día llegan Vds. a cansarse de ella...

ANTONIO — Nunca.

CIEGO — Si un día llegan a cansarse de ella, y yo vivo, avísenme por Dios (*Emocionado.*) que yo correré a ampararla por segunda vez. Y tú (*A la niña :*) ven, acércate que te quiero dar el último beso.

LAZAR. — ¿El último?

CIEGO — Sí, el último, pues cambiaré de pueblo, para que ya crecida, si eres feliz, no tropieces conmigo, si vivo, y no te avergüences al recordar que me has acompañado.

ANTONIO — Tome esto, para tabaco. (*Le da un manajo de billetes.*)

CIEGO — (*A su contacto.*) ¡Dinero! (*Lo rechaza.*) ¡Dinero a mí! Esto sería comprar a la lazarilla, y la quiero demasiado para venderla. Podré consentir en que se aleje de mí, con quien sólo le unen lazos de cariño, fuertes porque los ató el común dolor, atento a su bien y a su felicidad, pero venderla, nunca.

LAZAR. — ¡Pobre abuelito!

CIEGO — (*La separa.*) Déjenme; no, no quiero a nadie. (*Da algunos pasos.*) Señores, con Dios. Adiós, lazarilla. (*Va para caminar, tropieza con una silla y cae.*)

TODOS — ¡Ah! (*Van para ayudarle, incluso la lazarilla.*)

- CIEGO — *(Levantándose penosamente.)* No, no es nada.
 LAZAR. — Déme la mano; apóyese.
 CIEGO — Tú sí, tú sola *(Se apoya en ella.)* ayúdame.
(Se levanta.) Já, já, já, ya estoy. Adiós.



Ésta ha sido mi última caída en tu presencia, y tú la última vez que me ayudaste.

MARÍA — Lazarilla. *(Va para tomarla de la mano.)*

LAZAR. — *(Acercándose al ciego y tomándole la mano.)* No, no, nunca. Entre Vds. que no sé por qué me quieren, y este viejo pobre y ciego que me quiere de verdad, me voy con él. *(Resuelta.)* Vámonos abuelito.

ANTONIO — Pero si él...

CIEGO — *(A la chica con menos vehemencia.)* Quédate.

MARÍA — Si tú...

LAZAR. — *(Con energía.)* Nunca, he dicho. Con plata se compran *masas*, juguetes, muchas cosas, pero no se compran corazones como éste. *(Golpeándose el pecho.)*

CIEGO — Ya lo oyen Vds. *(Besándola en la cabellera.)*
Dios te bendiga.

ANTONIO — Más tarde se arrepentirá.

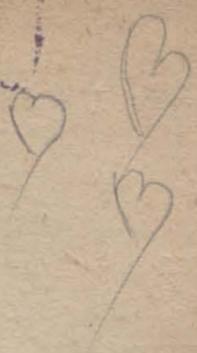
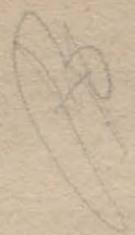
LAZAR. — Nunca.

CIEGO — *(Tomando a la chica de la mano.)* No es probable, pues aunque pobre y ciego, le enseñaré que por sobre los bienes de la tierra está el amor puro, que es un destello de Dios.

TELÓN.



1894
MAY 10
1894



B

ÍNDICE



B

Prólogo.....	9
Observaciones sobre la lectura y la declamación.....	11
<i>La media al revés</i> , monólogo para niño o niña.....	17
<i>Cucha</i> , monólogo para niña.....	25
<i>¿Qué debo ser?</i> monólogo para niño.....	33
<i>¡Cuando yo sea mujer!</i> monólogo para niña.....	43
<i>La patria</i> , diálogo para niño y niña.....	49
<i>La primera lección</i> , diálogo para niñas.....	57
<i>Los días de mamá</i> , diálogo para niño y niña.....	67
<i>Las travesuras de Inés</i> , comedia para niñas.....	79
<i>El vendedor de diarios</i> , comedia para niños.....	97
<i>Elección de carrera</i> , comedia para niños.....	113
<i>El día de la patria</i> , comedia para niños y niñas.....	127
<i>La lazarilla</i> , drama para niños y niñas.....	141





Teatro Infantil

Cultura Popular

por Próspero G. Alemandri

Los dos volúmenes que componen esta obrita, constituyen una bellísima colección de producciones teatrales, adoptadas por el "Teatro Infantil Municipal de Buenos Aires", escritas con sencillez e ilustradas, para ser representadas por niños.

Primer volumen : Un tomo rústica ilustrado, cubierta en colores.

Segundo volumen : Un tomo rústica ilustrado, cubierta en colores.

Monólogos, Diálogos y Comedias para Niños

Coleccionados por Clemente B. Greppi

Constituyen estos tomitos varios monólogos, diálogos y comedias, muy en armonía con la capacidad intelectual de los pequeños actores a que están destinados. Han sido adoptados por el Teatro Infantil Municipal de Buenos Aires.

Primera Serie. — Un tomo rústica.

Segunda Serie. — Un tomo rústica.

Tercera Serie. — Un tomo rústica.



*Librería
del Colegio*

Alsina y Bolívar

BUENOS AIRES